MIGUEL MIHURA y J. ANDRÉS DE PRADA

Cásate... y verás

VODEVIL EN TRES ACTOS

DERIVADO DE UNA OBRA EXTRANJERA



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1918

CASATE... Y VERAS

CÁSATE... Y VERÁS

VODEVIL EN TRES ACTOS

derivado de una obra extranjera

POR

MIGUEL MIHURA y J. ANDRÉS DE PRADA

Estrenado en el TEATRO DE LARA el 1.º de noviembre de 1918

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1918

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES	SRTA. PALOU.
AURORA	GELABERT.
DOÑA MATILDE	ALBA.
CHARITO	MÉNDEZ.
DOÑA CRISTINA	ALVERÁ.
PRIMITIVA	PONCE.
RAMONA	LOZANO.
JULIÁN	SR. MANRIQUE.
DON RAIMUNDO	FUENTES.
EMILIO	ISBERT.
SERAFÍN	BALAGUER.
CARMONA	MORA (J.)
UN CRIADO	GÓMEZ

Epoca actual.—La acción en Madrid

ACTO PRIMERO

Salón. Muebles modernos de tonos claros. Puerta al foro y laterales. Cuadros y adornos con sobriedad, y lámpara central que se encenderá al indicarse. Libros sobre una mesa. Es la caída de la tarde.

—

(Al levantarse el telón aparecen en escena DON RAIMUNDO, CRISTINA y DOÑA MATILDE, ésta en traje de calle y los otros de casa. Todos cincuentones y elegantes.)

RAIM. Nada, nada, no hay que hablar más; los muchachos se quieren; nosotros estamos encantados de que se quieran; mis hijas y mis yernos ven con gran complacencia también la entrada de Serafinito en la familia, ustedes aceptan a nuestra hija por suya, ¿qué más se puede desear?

CRIS. Efectivamente, Raimundo tiene razón.

RAIM. Somos completamente felices. Como usted no ignora, nuestras hijas mayores Mercedes y Aurora están casadas con dos hombres honradísimos, dos caballeros intachables, socios además de una poderosa casa de banca, y se llevan...

CRIS. Tienen sus disgustillos, como es natural, pero en el fondo son dichosos.

MAT. (Esta señora cuando habla es de una ampulosidad y una cursilería que aplasta.) En toda felicidad matrimoniesca hay siempre una leve tela de araña que encubre las bondades de los cónyuges.

CRIS. En nuestras hijas es diferencia de caracteres. Ellas son nobles, pero no dóciles.

RAIM. Y ellos son dóciles, pero no nobles.

CRIS. Ellas son algo caprichosas...

RAIM. Pero ellos son demasiado galantes...

MAT. Sí, comprendido; se compenetran, se complementan, se suplen.

RAIM. Eso es.

MAT. Yo también fuí felicísima en mi matrimonio. Oscar, mi marido, era humilde como un cervatillo y delicado como una sensitiva. Yo tuve para él halagos de mimosidad y condescendencias maternales; el fruto no ha podido ser más viva expresión. Serafín es un ángel, un arcángel, más que un arcángel, un serafín, eso, Serafín.

RAIM. (Aparte.) Tiene una prosa que ni Valle-Inclán.

MAT. Mi viudez prematura, fuí viuda al cumplir los treinta y cinco, ¡la flor de la vida!, hizo que deslizase toda la gama de mis afectos sobre el tierno vástago y ha crecido entre sonrisas y cariños. Ya lo conocen ustedes; tenue como un velo de tul y almibarado como una lata de piña.

CRIS. Pues al lado de mi hija, seguirá siéndolo.

RAIM. Eso creo.

MAT. Y así lo esperamos todos.

CRIS. Entonces, la fecha de la boda...

RAIM. Se fijará de común acuerdo mañana, que cenaremos en familia.

MAT. Perfectamente; toda la familia reunida.

CRIS. Toda.

MAT. ¡Oh, cómo me encantan estas expansiones casi paradisiacas! Y sobre todo, después de lo que yo he sufrido para hacer un hombre a Serafín. En su carrera de médico me tuvo por el auxiliar más eficaz. Yo he sido su guía, su norma, su profesora espiritual.

RAIM. (Aparte.) Lo dicho, Castelarina.

MAT. Pero ha tocado a su término mi misión y les entrego a Serafín hecho un médico y hecho un hombre. Es una alhaja. (Transición.) Y a propósito de alhajas. Traigo un pequeño recuerdo para Charito, que si ustedes me permiten...

RAIM. (Aparte a Cristina.) Saca lo nuestro.

CRIS. Nosotros también quisiéramos obsequiar a Serafín.

RAIM. Ayer pasábamos por una joyería, se le antojó a ésta, y...

CRIS. Con permiso... (Vase Cristina por la derecha.)

(Matilde desenvuelve un estuche. Raimundo toca un timbre. Sale un CRIADO por el foro.)

RAIM. Avise a la señorita y al señorito Serafín.

(Vase el Criado.)

MAT. De modo que ahora solito el matrimonio, ¿eh? Nueva luna.

RAIM. Completamente solos. Es el dolor de esta alegría de tener hijos, cuando uno se ha acostumbrado a ellos, cuando los ha formado a su manera y ha puesto en cada uno algo de su alma y de su vida, se van. Y los hijos menos mal, ya sabe uno que apenas son medio hombres, tienden el vuelo, pero las hijas...

MAT. Sin embargo, ustedes no pueden quejarse. Las tienen a todas cerca.

RAIM. Sí, señora; muy cerca siempre. Dan mucha guerra los hijos.

MAT. Pero ahora, casadas ya...

RAIM. Ahora a vivir de sus satisfacciones y a consagrarnos marido y mujer, el nno al otro. Otra luna de miel, en cuarto menguante y sin mucha miel, pero luna al fin.

CRIS. (Por la derecha con otro estuche.) Aquí estoy. ¿No han venido los chicos?

(Llaman al timbre y sale el CRIADO.)

RAIM. Pero, ¿y los señoritos?

CRIADO Ya les avisé, señor. Estaban en el comedor con doña Angustias y don Manuel consultando un libro.

CRIS. (A Matilde.) Ah, sí; será el manual del matrimonio; un libro utilísimo que le he comprado a Charito para que se instruya, ¡es tan niña!

RAIM. ¡Modernismos! En mis tiempos no necesitábamos de esas tonterías.

(Se oye una risa fresca y clara.)

CRIS. Ya están ahí. Váyase.

(Vase el Criado por el foro y por él entran CHARITO y SERAFIN.)

CHAR. ¿Llamabas, papá?

CRIS. ¿Qué hacíais?

CHAR. Este, que se empeña en que a París se va mejor por Irún que por...

RAIM. ¿Pero ya estamos planeando el viaje?

SER. No, señor, don Raimundo, son bobadas.

RAIM. Por esas bobadas empecé yo y se va usted a llevar a uno de los frutos de las bobadas.

CHAR. Papá...

SER. Don Raimundo...

MAT. Hijo mío, llámale papá; y tú, Charito, hija, puesto que ya puedo darte ese eufónico nombre, acepta, en recuerdo de la jornada de hoy, jornada memorable en los fastos de tu vida, este pequeño obsequio, indigno de ti, que mereces mucho más, pero digno de la sencillez de mi afecto y de la inmensidad del cariño que para ti desde hoy tendrán nuestros corazones.

RAIM. (Aparte.) Melquiades a su lado es un tartamudo. Pues ahora verás. (A Cristina.) Dame eso.

CHAR. (Poniéndose un collar con medalla de oro que le entrega Matilde.) ¡Ay, qué bonito! Muchas gracias; mira, mira, papá, mamá, mira. ¡Qué bonito!

RAIM. (Muy enfático.) Serafín, hijo, la que desde hoy tiene a orgullo altísimo y grandísima satisfacción al llamarse tu nueva madre, y el que comparte complacido y henchido ese orgullo apellidándose tu padre, quieren que aceptes este modesto óbolo que ligará a manera de invulnerable sindeticón las ramas seculares de los Peñaflorida y los Valleumbroso, por ahora y por los siglos de los siglos. Ten. (Dándole una sortija.)

MAT. (Aparte.) Amén.

RAIM. (Aparte.) Me ha salido chipén.

SER. Muchas gracias, don Raimundo.

MAT. Llámale papá, hombre.

SER. Cuando me acostumbre. (Enseñándoselo a Charito.) Mira qué bonito, Charito.

CHAR. No, es más bonito el tuyo.

SER. No puedo consentir, el tuyo.

CHAR. El tuyo o me enfado.

SER. Si te has de enfadar partiremos la bonitura.

CRIS. (Embobada oyéndolos y viéndolos amartelados al fondo de la escena y de espaldas a los demás.) ¿Oyen ustedes? ¡Qué felices van a ser!

MAT. (En voz baja.) ¿Les parece que los dejemos solos? ¡Oh, juventud, juventud! Ya lo dijo el poeta:

Juventud, divino tesoro,
que te vas para no volver;
cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces, lloro sin querer...
¡Oh! ¡paradisiaco!...
(Vanse por la derecha.)

CHAR. ¿Se han ido?

SER. Sí.

CHAR. ¿Y nos han dejado solos?

SER. Solos.

CHAR. (Aparte.) Y yo sin haber tenido tiempo de leer el «Manual». No sé qué decirle.

SER. ¿Qué? ¿Decías algo?

CHAR. Pues que nos han dejado solos.

SER. Y puesto que ya siempre hemos de vivir así, es preciso que empecemos nuestro aprendizaje.
(Ella se dirige a la mesa y con disimulo coge un libro.)

CHAR. Es que... (Aparte.) ¿Pero por qué no me habrá dado mamá el «Manual» ayer o anteayer.

SER. Cha... Charito, ¿me quieres, Charito?

CHAR. ¡Ay, ay... cierra ese balcón, haz el favor! (Mientras él va ella hojea el libro.) «Primera conversación al día siguiente de la boda.» No es esto, no es esto...

SER. Ya está.

CHAR. Abrela, ábrela.

SER. Mujer, ¿en qué quedamos? (Vuelve a abrirla.)

CHAR. (Leyendo.) «Negativa del primer beso.» Tampoco. «Modo de plancharle las camisas al...»

SER. Ya está abierta.

CHAR. Asómate.

SER. ¡Pero si hace un frío que hiela!

CHAR. Asómate, hombre, hazme caso.

SER. Pero, ¿por qué? ¿Para qué?

CHAR. Es... es una... es una... Mira a ver si el número del primer coche que pasa es par o impar.

SER. ¡Qué tontería!

CHAR. Míralo, es un capricho. (Leyendo.) «Primera entrevista después de formalizar el compromiso.» Ah, sí, aquí está...

SER. (Volviéndose.) ¡Impar! ¡Impar! ¡El siete!

CHAR. No vale; espera a que pase otro.

SER. Válgame Dios. Esperaré.

CHAR. (Leyendo.) «La novia debe mostrarse seria y reservada; el novio será atento y tierno sin insistencia... No es...»

SER. Par, par... el veintiocho.

CHAR. «No es.» (Leyendo.)

SER. (Desde el balcón.) Sí, mujer, sí es, míralo.

CHAR. (Leyendo.) «No es correcto que...»

(Serafín viene de puntillas y la sorprende.)

SER. Pero, ¿qué es eso? ¿Qué lees?

CHAR. ¡Ay! (Cerrando el libro.)

SER. ¿Qué libro es ese?

CHAR. Un Manual.

SER. ¿Manual de qué?

CHAR. Del matrimonio.

SER. (Abrazándola.) ¡Ay, Charito, Charito!

CHAR. Serafín, quieto.

SER. ¿Eh?

CHAR. Quieto. (Dándole el libro.) Lee.

SER. (Leyendo.) «Un hombre de mundo debe ser extremadamente correcto y delicado en la primera entrevista. Le estará sólo permitido cierta emoción, pero la ternura debe expresarla solo con los ojos. Uno.»

CHAR. ¿Qué?

SER. Que aquí hay uno.

CHAR. Debe ser una aclaración al concepto. Léela también.

SER. (Leyendo.) «Uno. Para ajuares y canastillas, La Villa de París.»

CHAR. Es un anuncio. Todo está previsto en este libro.

SER. Ya lo veo. Hasta la canastilla.

CHAR. Sí, sí, búrlate, pero mira el índice. (Coge el libro.) «Los novios. Los maridos. El matrimonio. La viudez.» Aquí lo dice todo.

SER. ¿A que no?

CHAR. ¿A que sí?

SER. A ver dónde dice que se le debe dar a la novia el primer beso.

CHAR. (Buscando.) ¿El primer beso? Eso no está aquí.

SER. Búscalo bien.

CHAR. (Hojeando.) Que no está aquí te digo.

SER. Que sí. Hojea.

CHAR. ¿Dónde?

SER. (Besándola en la nuca.) Aquí.

CHAR. ¡Ay, atrevido! ¡Sinvergüenza!

SER. ¿Me perdonas?

CHAR. No.

SER. Entonces... hojea, que voy a darte otro.

CHAR. ¡Serafín!

SER. Voy por bombones y me perdonas.

CHAR. No.

SER. Pues de todos modos voy por ellos. (Medio mutis.) Ah, oye, y tira el librito, ¿sabes?

CHAR. Verdaderamente, para la falta que hace... (Lo tira.)

SER. Así.

CHAR. ¿Vendrás pronto?

SER. En seguida.

RAIM. (Dentro.) ¡Charito!

SER. Chist... Toma. (Le lanza un beso y vase foro.)

CHAR. (Cogiendo el beso en el aire y yéndose por la derecha.) ¡Voy! (Tropieza con RAIMUNDO que sale.)

RAIM. Tu futura mamá se marcha. Vé a despedirla. La han llamado por teléfono. (Vase Charito.) Pues señor, terminó la jornada que dice doña Matilde, con toda felicidad. Dentro de unos días se nos llevarán de la jaula al último pajarillo, ¡y a descansar los viejos! ¡Ay, qué en paz nos vamos a quedar!

CRIS. (Por el foro.) ¿Cómo tienes aquí apagado, hombre? ¿Y Serafín? (Enciende.)

RAIM. Ha salido. Ven acá. Siéntate. Has llevado una tarde de prueba.

CRIS. Pero encantada. Hay emociones que no rinden y esta es una de ellas. Y sólo al pensar que a tí, y nada más que a ti, debo en mi vida tantas satisfacciones, me hace quererte más.

RAIM. ¡Cristina!

CRIS. Sí, hijo mío, quererte. Hoy hace treinta años que nos casamos.

RAIM. Es verdad.

CRIS. Todo en nosotros sigue igual que entonces.

RAIM. Igual; igual, precisamente, no.

CRIS. Tienes razón. Tú no eras calvo.

RAIM. Ni tú canosa, es verdad. Ni te quejabas del reuma entonces.

CRIS. Verdaderamente estamos hechos unos alifafes.

RAIM. Pero somos felices.

CRIS. Eso sí.

RAIM. Y lo que vamos a serlo ahora solitos.

CRIS. ¿De veras?

RAIM. Tengo un proyecto.

CRIS. ¿Sí?

RAIM. Verás. Casada Charito, tomamos un kitométrico de doce mil, lo que gastábamos en-

tre todos durante el veraneo, para nosotros solitos y... ¡A ver mundo! Un año entero de viaje. Iremos a París, a Roma, a Londres.

CRIS. Y a Astorga, Raimundo; acuérdate que se lo hemos prometido a los señores de Campano.

RAIM. Sí, sí, mujer, iremos a Astorga. Viajaremos como recien casados.

CRIS. ¡Qué bueno eres!

RAIM. ¿Han llamado?

CRIS. Creo que sí.

RAIM. ¿Serán los matrimonios?

CRIS. No lo creo, aunque sí extraño que no hayan venido esta tarde. Mercedes ayer parece que se fué un poco disgustada.

RAIM. Su eterna bobería, sus puerilidades de niña mimada; ya sabes que todas sus riñas son por eso.

(Se oye dentro la voz de Mercedes.)

MERC. (Dentro.) ¿Estan, verdad? No, no avise, no hace falta.

RAIM. (Levantándose.) ¿Es Mercedes?

CRIS. (Un poco alarmada.) Creo que sí.

RAIM. ¿Qué le habrá ocurrido?

MERC. (Por el foro y tras ella RAMONA, su doncella, con un maletín. Mercedes trae un perrito en los brazos y entra llorosa y sofocada.) Pase usted, Ramona. (Compungida.) Buenas tardes, mamá, hola, papaíto. (Llorando.) Deje usted eso ahí... (Rompiendo a llorar.) ¡Soy muy desgraciada!

RAIM. Pero, hija...

CRIS. Mercedes, Merceditas, ¿qué te pasa?

MERC. Que soy muy desgraciada, horriblemente desgraciada, desgraciadísima, mamá.

CRIS. Pero, ¿por qué?

RAIM. (A la doncella.) A ver, explíquese usted, ¿qué le ha ocurrido a la señorita?

RAM. (Compungida también.) Yo no sé nada, señor, me ha mandado meter sus ropas en los baules, llamar a un mozo y acompañarles hasta aquí.

RAIM. ¿Eh?

MERC. Sí, sí, papá, sí. (A Ramona.) Tome, (Dándole el perro.) espere usted en el recibimiento y abrigue bien a Lulú, que hace mucho frio y no quiero que se entere de ciertas cosas, que luego sufre mucho la pobrecita. (Besándole.) ¡Angel mío, qué solos nos hemos quedado!

Ya no me queda en el mundo más que ella y ustedes. (Vase foro Ramona.)

RAIM. Supongo que se tratará de una broma.

CRIS. Que todo será una tontería.

MERC. Pues estáis equivocados, completamente equivocados. (Llorando.)

RAIM. ¿Quieres explicarte de una vez?

MERC. Dejarme que llore y que me desahogue.

CRIS. Llora, hija, llora todo lo que quieras.

(Mercedes llora desaforadamente en brazos de su madre. Por el foro sale CRIADO.)

CRIADO Señor, el mozo pregunta que dónde pone los baules de la señorita.

CRIS. Pero, ¿te has traído los baules?

RAIM. ¿Cómo es eso? ¡Dígale usted que los vuelva a llevar a su casa inmediatamente!

MERC. No... no, papá, por Dios, no. A mi casa, no. Que los deje en cualquier parte, en la cocina, en la bohardilla, en la escalera, donde quiera, pero a mi casa, no.

RAIM. Bueno; que espere un momento. Ahora saldré yo. (Se va el Criado. A Mercedes.) Y tú, tú vas a hacer el favor de explicarnos qué motivos has tenido para tomar esta disparatada resolución.

MERC. (Llorando fuerte.) ¡Soy muy desgraciada!

RAIM. ¡Basta de lloriqueos!

CRIS. Explícate, hija, y sosiégate.

RAIM. Habla.

CRIS. ¿Has reñido con Emilio?

MERC. Sí.

CRIS. ¿Por qué?

MERC. Verás. Ya sabes cómo me ha tratado siempre.

RAIM. Muy bien.

MERC. Muy bien, no, todo lo contrario, negándose a satisfacer mis caprichos.

RAIM. Así debían ser todos los maridos. Sigue.

CRIS. Y por haberte negado alguno, ¿has dado este paso?

MERC. Es que no es un capricho lo que me ha negado hoy, es mucho más.

RAIM. ¿Quieres acabar de explicarte?

CRIS. Pero déjala, hombre, que ya está explicándolo.

MERC. (Gimoteando.) Anoche... anoche... ya sabíais que anoche había baile en el consulado de... de... Holanda... A Emilio y a mí nos invita-

ron, y aunque él no dijo si íbamos a ir o no, yo mandé recado a la modista y me hice un traje precioso... preciosísimo... (Deja de llorar para decir:) Me gustaría que lo hubieras visto, mamá. Azul eléctrico con aplicaciones de gasa, escote corazón, sobre falda de tul, cuello y mangas de raso, y un plisado...

RAIM. Eso no nos importa.

MERC. ¿Ves, mamá, tú ves? Así son todos los hombres.

CRIS. Acaba de explicarnos por qué ha sido el disgusto. Tu padre está alterado y yo...

MERC. Bueno, acabaré.

CRIS. (Interrumpiéndole.) ¿Cómo dijiste que era el tul de la falda, bordado o liso?

MERC. Liso, mamá, liso precioso.

RAIM. Pero, hija mía, ¿quieres terminar de una vez?

CRIS. Sigue, hija, sigue.

MERC. Pues verás. Me llevan el traje, lo ve, le agrada, elogia el gusto de la modista y el mío, cenamos y a los postres me dice muy dulcemente, muy melosamente, como quien no da importancia a la frase: Oye, Mercedes, ¿te parece que.. que no vayamos al baile? Figuraos la cara de sorpresa que yo pondría. Otro hubiera rectificado inmediatamente, pero él, creyendo que mi asombro era asentimiento, insiste y dice: Yo me aburro soberanamente en esas reuniones. No pude más. Le dije unas cuantas verdades, que era un idiota, que no sabía vivir en sociedad, que tenía la cabeza llena de serrín...

RAIM. Sí, etcétera, etcétera, conozco el repertorio,

CRIS. ¿Y él por fin accedió?

MERC. Después de suplicarle y llorarle y yo creo que hasta arañarle, porque me puse fuera de mí.

RAIM. ¡Muy bonito!

CRIS. Pero si accedió a lo que querías, no veo el por qué del enfado.

MERC. Ah, es que hasta ahí no había ocurrido nada de particular; pero llegamos al baile y desde las dos de la madrugada no se le cayó de los labios esta palabra: «Vámonos, vámonos, vámonos». Figurarse qué nochecita me dió. Yo, por complacerle, accedí a que nos fuéramos.

CRIS. ¿A las dos y media?

MERC. A las cuatro y cuarto.

RAIM. ¡Válgame Dios!

MERC. Y no hacemos más que meternos en el coche, y una escena; llegamos a casa, y otra, y esta última con un final verdaderamente trágico, porque sin guardarme las atenciones, los respetos y las consideraciones que merece la mujer, me ha cogido... ¡y me ha tirado por la ventana!...

RAIM. ¿Eh?

MERC. Me ha tirado por la ventana el traje de seiscientas pesetas, y que me estaba divinamente.

RAIM. ¿Y eso es todo?

MERC. ¿Te parece poco, papá? Suponte que en vez de suceder esta escena a las cinco de la tarde sucede a las cinco de la mañana, y que en vez de estar el traje en el armario lo llevo puesto y a estas horas estaríais sin hija.

RAIM. ¡Vamos!

MERC. Sí, sí, sí, no lo dudes, me hubiera tirado a mí por la ventana. Ya comprenderéis que después de esto, yo no puedo volver a mi casa.

CRIS. Hija, por Dios.

MERC. No, mamaíta, no, no, no, no; por lo que más queráis. Ese hombre es una fiera, eso es un monstruo, eso es un tirano. Yo no vuelvo a su lado nunca más, nunca más, nunca más.

CRIS. Sosiégate, mujer, cálmate. Eso pasará y...

MERC. Nunca, nunca... Yo no quiero separarme de vosotros, vosotros sí que me queréis, ¿verdad que sí me queréis? Decídmelo, decídmelo, que yo lo oiga, que hace mucho tiempo que no oigo a nadie decir que me quiere... que soy muy desgraciada, muy desgraciada... (Rompe a llorar.)

RAIM. (Aparte a Cristina.) Le va a dar un ataque de nervios. Di que le hagan una taza de tila.

CRIS. (Aparte a Raimundo.) Pero, ¿tú crees que esto.. ? (Llamando al timbre.)

RAIM. Bah, una bobería. Síguela la corriente.

CRIS. Anda, hija mía, ven con tu madre.

MERC. Contigo sí, mamá, contigo sí.

(Por derecha sale CHARITO.)

CHAR. Pero, ¿qué pasa? ¿Eh? ¡Mercedes! ¿qué tiene Mercedes?

RAIM. Nada, un disgustillo con Emilio, nada. Llevársela a la alcoba, darle un poco de tila con azahar y que duerma.

CHAR. ¿Qué te pasa, Mercedes?

MERC. Ay, Charito, ¡los hombres! ¡No sabes lo que son los hombres! ¡Cásate, cásate y verás!

RAIM. Tila, tila, mucha tila. (Se la llevan por derecha entre las dos. Pausa.) Bueno, esta escenita no entraba en mis planes de vida tranquila, pero, en fin, menos mal que será una nubecilla de verano y...

EMILIO (Por el foro, muy agitado. Viene de americana y con el sombrero en la mano.) ¡Hola, papá!

RAIM. Hombre, ¿tú por aquí? ¿Qué le has hecho a tu mujer?

EMILIO ¿A mi mujer? ¿Yo? Pero si acabo de llegar ahora mismo a casa y me dicen que ha revuelto todo aquello, ha cogido su ropa y se ha venido aquí; si no sé más.

RAIM. Pero, ¿no le has tirado un vestido por la ventana?

EMILIO Sí, señor, pero ella no iba dentro.

RAIM. Hombre, pues lástima fuera.

EMILIO Eso no tiene importancia.

RAIM. Pues ahí la tienes; convéncela y llévatela.

EMILIO ¿Está muy sofocada?

RAIM. Un poquillo, un poquillo... pero llévatela.

EMILIO Pues ande, haga usted el favor de llamarla. Esa criatura nunca sabe lo que se hace ni lo que se dice.

RAIM. Pero es que tú no tienes carácter, caramba: dale un escarmiento una vez.

EMILIO Ah, sí, ¿de modo que usted me autoriza?

RAIM. Hombre, si no vas a hacer una barbaridad. Yo lo que quiero es que seais felices y que nos dejéis serlo a nosotros.

EMILIO Pues llámela.

RAIM. Voy. Espérala aquí. (Medio mutis.) ¡Ah, oye!... Llévatela, hombre, llévatela. (Vase por la derecha.)

EMILIO Ya le diré yo a usted, señorita, si se juega o no conmigo. Por supuesto, que tiene razón don Raimundo, debo darle una lección. Y va a ser ahora mismo. Ya verá la fierecilla cómo se la sabe domesticar.

(Por la derecha MERCEDES y RAIMUNDO; este dice la frase y se va por la izquierda.)

RAIM. Ahí le tienes. (Vase, haciéndole antes una seña a Emilio para que se la lleve.)

MERC. ¿Tú?

EMILIO Yo, sí señora, yo. ¿Por qué ha salido usted de su casa sin permiso de su marido?

MERC. Porque yo no tengo marido, porque mi marido es un tirano, un ogro, una fiera.

EMILIO Supongo que estás hablando en broma.

MERC. Te equivocas. Hablo en serio.

EMILIO Mira, Merceditas, no seas niña, vámonos a casa...

MERC. ¿A qué casa?

EMILIO A la nuestra.

MERC. Yo estoy en la mía.

EMILIO No seas tonta y...

MERC. Nada, que no me voy.

EMILIO Insisto en que estás hablando en broma.

MERC. El tiempo te probará que no.

EMILIO Pero ven acá, tontuela, ¿qué quejas tienes de mí?

MERC. ¿De ti? Si te parece no tendré ninguna. No satisfaces el menor capricho mío.

EMILIO ¿Cómo que no?

MERC. No quieres que baile, que me divierta, que me expansione.

EMILIO No, mujer, yo no te prohibo que «te expansiones». Lo que no quiero es que conviertas nuestra casa en un salón de recepciones y me condenes a frac cinco días por semana.

MERC. Sí, no quieres nada de lo que yo quiero; si no te gusta nada de lo que yo dispongo, si no te agrada nada de lo que a mí me satisface. Y como vivir así es vivir en un infierno, estoy dispuesta a no volver más a tu lado.

EMILIO ¿De veras?

MERC. De veras.

EMILIO Pues bien, ya que te pones así, han terminado mis súplicas. ¿Quieres volver a casa?

MERC. No.

EMILIO Por segunda vez. ¿Quieres volver a casa?

MERC. No, no, no y no.

EMILIO Pues bien, yo te prometo que si antes de una hora no estás en ella, hemos terminado para siempre.

MERC. Y yo encantada.

EMILIO No tengo más que añadir. Buenas tardes. (Vase por el foro)

RAIM. (Por la izquierda.) ¿Qué? ¿Qué hay?
MERC. Ya lo ves. Todo está arreglado.
RAIM. ¡Gracias a Dios!
MERC. Me quedo.
RAIM. ¿Eh?
MERC. Que me quedo aquí, y para siempre. (Se va por la izquierda.)
RAIM. ¡Bueno, yo no quiero enfadarme, pero como yo me enfade!...
(Se pasea largamente por la escena. Por el foro aparecen AURORA y JULIAN.)
AUR. Hola, papá, buenas tardes.
JULIÁN (Muy secamente.) Buenas tardes.
RAIM. Venís que ni llamados. Tu hermana acaba de llegar hecha una Magdalena.
JULIÁN Caballero... dejemos eso, por ahora, si a usted le parece.
RAIM. ¿Eh?
AUR. Creo que antes de nada debías decirme por qué me has traído.
JULIÁN Chist... ¿Ha salido su esposa de usted?
RAIM. No. Pero esa actitud...
JULIÁN Haga usted el favor de llamarla. (Timbre,)
AUR. ¡Julián!
JULIÁN ¡Aurora! (Sale un CRIADO.)
RAIM. Diga a la señora que haga el favor de venir. (Vase el Criado.)
AUR. Pero ¿qué significa esto?
JULIÁN Pronto lo sabrás.
RAIM. (Aparte.) (Sin duda se han encontrado con Emilio y vienen de parte de él.)
CRIS. (Apareciendo.) A tiempo llegais. Ya os habrá dicho papá que Mercedes...
JULIÁN Señora... ¿quiere usted tener la bondad de sentarse?
RAIM. (Aparte a Cristina.) Deben venir enviados por Emilio.
CRIS. (Aparte.) ¡Ah! (Se sienta.)
JULIÁN Mis queridos suegros: Hace año y medio tuve la desdichada ocurrencia de pedirles la mano de su hija Aurora.
AUR. ¡Julián!
JULIÁN Déjame hablar.
RAIM. ¡Caballero!
JULIÁN Haga usted el favor de dejarme hablar. Aurora era guapa, aún lo es.
AUR. Gracias. (Empezando a dar muestras de nerviosidad.)

JULIÁN No hay de qué. Era buena, amable, inteligente... en suma, era una señorita encantadora. Pero desde que a su apellido unió el mío, la buena, la amable y la inteligente se ha trocado en una mujer imperiosa, caprichosa y mal humorada que cifró toda su ambición en hacerme desgraciado.

AUR. Eso no es cierto.

JULIÁN Usted se calla.

CRIS. Hijos míos...

JULIÁN Usted me permitirá que continúe. Si quiero salir, ella quiere quedarse; si quiero quedarme a ella se le antoja salir; si tengo apetito retrasa el almuerzo, si me ve con ganas, comemos a las once; en suma, se ha puesto insoportable.

AUR. Comprenderás que estoy aguantando...

JULIÁN Más te he aguantado yo a ti.

CRIS. Bueno, hijos, yo quiero suponer...

JULIÁN Aún no he terminado. Día por día en estos diez y ocho meses, he revestido a mi paciencia de todos los colores del arco iris, he dejado pisotear mi autoridad de marido, he permitido que se me tome por un muñeco del pin, pan, pun, y he aguantado lo que nadie hubiera aguantado. Pruebas al canto. (Saca un cuaderno grande.) En esta libreta, que es ya el tercer tomo, he anotado mis sufrimientos día por día. Díganme ustedes un día del año.

AUR. Bueno, basta, hasta aquí puedo yo soportar.

JULIÁN ¡Silencio!

CRIS. Si no hace falta, hijo, si te creemos.

JULIÁN Díganme ustedes un día del año. O si no, oigan ustedes; al azar. (Abre el cuaderno y lee.) Trece de Julio, devuelvo a la camisería una corbata de rayas blanca y azul; día catorce me mandan de otra camisería, por orden de mi mujer, otra corbata de rayas azul y blanca; día quince, recibo dos corbatas de rayas blancas y azules; día diez y seis, recibo otra corbata blanca y azul.

AUR. Esa no era de rayas, que era de lunares.

JULIÁN Pero blanca y azul.

RAIM. ¿Y eso qué importa, hombre, que significa una corbata en un matrimonio?

JULIÁN (Hojeando el cuaderno.) Otra fecha; veintisiete de Febrero, me pone mi mujer para almor-

zar merluza con mayonesa. Muy delicadamente le advierto que la mayonesa no me agrada; pues vean ustedes, veintiocho, veintinueve, uno, dos, tres, cuatro, cinco... merluza con mayonesa. Resúmen, que como yo he buscado cuantos medios había para hacerla variar de carácter y como por no darme resultado ninguno he llegado a pensar hasta en el suicidio.

AUR. Eso no te lo hubiera yo consentido.

JULIÁN Sería la primera vez que me permitirías hacer algo a gusto. He resuelto devolverles a su niña y que le dé a su mamá la mayonesa y que le ponga a su papá las corbatas azules y blancas.

RAIM. ¡Caballero!

CRIS. ¡Julián!

JULIÁN Que yo no la aguanto más. He dicho.

RAIM. ¡Pero Julián!

JULIÁN ¡No la aguanto más!

CRIS. Pero hijo...

JULIÁN ¡Que no la aguanto más! He dicho. Buenas tardes. (Saluda y vase por el foro.)

RAIM. Yo supongo que esto será una cosa transitoria.

CRIS. Y yo no quiero creer que esta solución pase de un escarmiento a tu conducta.

AUR. (Que le ha seguido hasta la puerta.) ¡Ay, papá! ¡Ay, mamá!

RAIM. ¿Qué pasa?

CRIS. ¿Qué sucede?

AUR. Mis baules, mis baules, que viene un mozo con mis baules y Julián le ha dicho que los entre.

RAIM. ¡Más baules! ¿Pero es que han tomado mi casa por una estación de ferrocarril?

CRIS. ¡Válgame Dios! Y de todo esto tienes tú la culpa. Has querido abusar demasiado.

RAIM. Una mujer debe obediencia y respeto a su marido.

CRIS. Julián es muy bueno.

RAIM. ¡No hay hombre que aguante tanta mayonesa!

CRIS. ¿Por qué has querido dominarle?

AUR. ¿Y tú me lo preguntas?

CRIS. ¿Eh?

AUR. Yo no he hecho más que querer aplicar tu sistema.

CRIS. ¿Mi sistema?
RAIM. ¿Qué sistema?
AUR. ¿Acaso no has llevado siempre a papá por las narices?
RAIM. ¿Eh?
AUR. ¡Claro!... Tú siempre has hecho lo que ha querido mamá.
RAIM. ¡Hombre, pues es verdad!.. No me había dado cuenta. (A Cristina.) Siempre he hecho lo que has querido tú.
CRIS. Porque yo no he querido más que lo que tú podías hacer.
MERC. (Que aparece con CHARITO.) ¿Qué es eso?
CHAR. Aurora, ¿tú aquí? ¿a qué vienes?
CRIS. A quedarse en casa también.
CHAR. ¿Eh? ¿Y tu marido?
RAIM. Se han declarado los dos en huelga.
MERC. ¿Le has dejado?
AUR. No, me ha dejado él a mí. Y me muero, me muero, pero no de pena, de rabia. (A esta frase dicha muy fuerte Mercedes toca el timbre y sale un CRIADO.)
CRIS. Tila, tila, una taza de tila.
MERC. No, traiga dos.
CRIS. Trae tres.
RAIM. Traeme a mí también.
(Vase el Criado.)
CHAR. Pero mamá, ¿qué es esto?
CRIS. Que tus dos hermanas vuelven a nuestro lado. Mercedes se separa de Emilio y a Aurora nos la devuelve su marido.
SER. (Por el foro con varios paquetes de bombones.) Buenas tardes. Cuánto me alegro encontrar reunida a toda la familia. Traigo bombones para todos. Para ti, Charito. (Dándole un paquete.) Tú la primera, que para algo eres mi prometida
CHAR. ¿Quién? ¿Yo? (Dándole el collar.) Tome usted, caballero, devuélvame mi regalo y hemos terminado.
CRIS. ¡Hija!
RAIM. ¡Charito!
MERC. Muy bien.
AUR. Así.
RAIM. ¡A ver si callan ustedes!
SER. Pero ¿es que ya no quieres casarte?
CHAR. ¿Casarme yo... viendo este cuadro? no hijo, no. Mis hermanas víctimas de sus maridos

acaban de volver a casa. Yo no quiero que me pase lo mismo.

SER. ¡Ay qué disgusto! ¡Qué sofoco! ¡A mí me da algo!

CRIADO (Sale con las tazas de tila, que Cristina reparte a todos menos a Charito.) La tila.

RAIM. Darle a este pollo también.

SER. No, no, a mí se me pasa con bombones... con bombo... con bombones. (Rompe un cartucho y come cómicamente. Forman escena y al dar Cristina la taza a Raimundo dicen.)

RAIM. ¡Cristina!

CRIS. ¡Raimundo!

RAIM. ¡Me parece que no vamos a Astorga! ¡Otra vez solteras las tres! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón muy elegante en casa de Emilio. A la derecha un mueble escritorio. A la izquierda, secreter. En sitio conveniente un piano, y en primer término, y en sitio bien visible, un almanaque. Los muebles y todo cuanto adorne el salón, lujoso y de muy buen gusto. Puertas al foro y laterales.

—

(Al levantarse el telón sale por el foro CARMONA con un servicio completo de café. Va a entrar por la primera derecha y se fija en el almanaque. Deja el servicio en un velador y arranca la hoja del calendario.)

CAR. ¡Ea! ¡Un día más! ¡Y van quince! Y ni el señor, que está rabiando porque vuelva la señora, se decide a traerla, ni la señora, que debe estar rabiando por volver con el señor, se decide a venir.

EMILIO (Dentro.) ¡Carmona! ¡Carmona!

CAR. ¡Anda! Ya no me acordaba del desayuno. (Lo prepara.) ¡Señorito!

EMILIO (Dentro.) ¡El desayuno! ¡Mi café!

CAR. (Acercándose a la puerta.) ¿Lo va el señor a tomar solo?

EMILIO (Saliendo rápido y en pijama.) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Pero ha venido la señora?

CAR. No señor, señorito.

EMILIO ¿Entonces para qué me preguntas si lo voy a tomar solo?

CAR. Es que me refiero al café, sí, señor; si lo quiere solo o con leche.

EMILIO (Desesperado.) Solo, solo... Yo ya tengo que tomarlo todo solo. (Entra por la primera derecha.)

CAR. (Haciendo mutis detrás de Emilio con el café servido.) Está desesperado. Buena señal. (Vase.)

JULIAN (Por el foro.) ¡Vaya, por lo visto este sigue en la cama! Lo ha tomado demasiado en serio. No hay duda que Emilio siente la ausencia de su mujer. Si yo pudiera encontrar un medio para reconciliarlos.

CAR. (Por la derecha.) Buenos días, don Julián.

JULIÁN ¿Aún no se ha levantado el señor?

CAR. Sí, señor; está desayunándose. Está tomando el café «solo».

JULIÁN ¡Natural! ¿Con quién lo iba a tomar?

CAR. Con la señora. Sería lo...

JULIÁN Sería lo más tonto que podría hacer.

CAR. Pero, ¿es que va a durar mucho esta separación de los señores?

JULIÁN ¿Y a usted qué le importa?

CAR. A mí, nada, señor; es verdad.

JULIÁN ¿Entonces?

CAR. Pero yo no sé si el señor sabe que soy casado.

JULIÁN Eso no me importa a mí.

CAR. Y que llevo quince días separado de mi mujer.

JULIÁN Mejor para usted.

CAR. Y que estoy deseando darle un abrazo.

JULIÁN Pues nadie se lo impide.

CAR. Sí, señor.

JULIÁN ¿Cómo?

CAR. Mi mujer es la doncella de mi señora, y como mi señora ha reñido con mi señor, mi mujer se ha ido con mi señora.

JULIÁN Así está usted más tranquilo.

CAR. ¡Ca! No, señor. Nunca la he querido tanto como desde que estamos separados. Así somos los hombres.

JULIÁN Así lo será usted.

CAR. ¿Y el señorito Emilio?

JULIÁN El señorito Emilio está muy tranquilo y muy satisfecho.

CAR. Todo lo satisfecho que usted quiera, pero en este momento, que acabo de servirle el café, ha echado doce terrones en la taza y todavía dice que está amargo.

JULIÁN ¿Cómo? ¿Pero ya flaquea? Llámele usted.

CAR. Yo le suplico al señor...

JULIÁN Llámele usted.

CAR. (Aparte, yéndose por la derecha.) Bueno, este acaba de convencerle ¡y no se arreglan! ¡Ay, Ramona, Ramona!

JULIÁN — Este Emilio no tiene cura... ¡Pobre! ¡Me da lástima! (Se pasea.)

EMILIO — (De americana.) ¿Qué hay?

JULIÁN — Hola, hombre, creí que estabas malo; como no has bajado al despacho y son cerca de las once...

EMILIO — (Malhumorado.) ¿Y por qué había de estar enfermo?

JULIÁN — Bueno, no te enfades, que no hay para tanto. (Pausa. Ninguno sabe por dónde empezar a hablar de lo mismo.) Hoy hace quince días.

EMILIO — ¿Qué dices?

JULIÁN — Que hoy hace quince días que estamos solteros.

EMILIO — Y muy contento y muy satisfecho.

JULIÁN — ¡Ah! Pero, ¿es que no quieres realmente a Mercedes?

EMILIO — No.

JULIÁN — Chico, parece mentira que se pueda olvidar tan pronto; porque... vamos, tú no me negarás que os adorabais.

EMILIO — ¿Nosotros? ¡Bueno!

JULIÁN — Sí, hombre; no trates de negarlo. No se podía estar mucho tiempo al lado vuestro sin que... (Señal de beso) o... (Señal de abrazos.)

EMILIO — Que dijera yo eso por vosotros, no tendría nada de extraño. ¿Sabes que sospecho que eres tú el que no sabes vivir sin tu mujer?

JULIÁN — ¿Yo? ¡Estás fresco! Nunca me he sentido tan feliz como ahora. He alquilado un cuartito de soltero, un nido delicioso, y estoy a punto de reanudar mi amistad con la Coral. ¿Te acuerdas de la Coral?

EMILIO — ¡Julián!

JULIÁN — ¿Te acuerdas de la Coral? ¡Está guapísima! ¡Más guapa que antes! Ya no es rubia. Ahora es castaña.

EMILIO — ¡Julián!

JULIÁN — ¡Y con lo que me gustan a mí las castañas. Le he escrito y ya ha decidido volver otra vez a mi lado.

EMILIO — Pero, ¿es que vas a terminar definitivamente con tu mujer?

JULIÁN — Creo que es más lógico que yo termine con ella antes de que ella acabe conmigo. Y que llevaba propósito de acabar es innegable.

EMILIO — Vas demasiado lejos.

JULIÁN — No, hombre. Si es aquí, muy cerca.

EMILIO Que vas demasiado lejos al obrar así, porque quién sabe si nuestras mujeres están arrepentidas.
JULIÁN ¡Vaya, vaya! Tú sigues loco por Mercedes.
EMILIO ¿Yo? ¡Nunca la he odiado más que ahora!
JULIÁN Así me gustas.
CAR. (Por el foro, precipitadamente, y loco de contento.) Señor... señor... señorito.
EMILIO ¿Qué pasa, hombre?
CAR. (Muy alegre.) ¡Mi mujer!
EMILIO ¿Eh?
CAR. ¡Que viene mi mujer!
JULIÁN ¿Y a nosotros qué nos importa?
CAR. Quizás venga de parte de la señorita.
JULIÁN ¿De parte de ellas? (Cogiendo el sombrero.)
EMILIO ¿Dónde vas?
JULIÁN Al viaducto.
CAR. (Observando por el foro.) Señorito, que viene aquí... señorito, que entra... Aquí la tiene usted.

(Aparece RAMONA por el foro,)

EMILIO Pase usted, pase.
RAM. (Penetrando.) Buenos días, señoritos.
EMILIO (Procurando poner una cara muy seria.) ¡Hola!
JULIÁN (Siempre risueño y fingiendo despreocupación.) ¡Está usted más delgada!
RAM. Figúrese el señorito si no he de estarlo.
JULIÁN Claro, separada de su marido.
RAM. Y queriéndole como yo le quiero, porque, vamos, le quiero, pero que una atrocidad. ¿Verdad, pichón?
CAR. Verdad, pichona.
EMILIO Si van ustedes a arrullarse, lo más prudente es que nos vayamos al despacho.
CAR. Usted perdone, señorito.
EMILIO Bueno, pues usted dirá qué se le ofrece.
RAM. Yo venía de parte de mi señorita.
EMILIO ¿De su señorita?
JULIÁN (Bajo a Emilio y riéndose.) ¡No pongas esa cara!
EMILIO Siga usted.
RAM. Porque como no se llevó más que la ropa de casa y la de calle...
EMILIO ¿Y qué más quiere?
RAM. Sus trajes de baile.
EMILIO (Indignado.) ¿Sus trajes de baile?
JULIÁN Te hubieras evitado esta petición si, como yo, hubieras tenido el buen acuerdo de enviarle todo lo suyo.

EMILIO Pero, ¿para qué quiere sus trajes de baile?

RAM. Yo me figuro que debe ser para bailar.

EMILIO (A Julián.) ¿Oyes esto?

JULIÁN Y a ti qué te importa, hombre. ¡Está en su derecho. (Pausa. Después, y solapadamente, pregunta a Ramona.) De modo que las señoras se divierten, ¿eh?

RAM. Sí, señor; hacen lo que pueden. Sobre todo la señorita Aurora.

JULIÁN ¡Mi mujer!

RAM. Es talmente un jilguero. Canta y ríe que es una bendición.

JULIÁN (Un poco molesto.) ¡Ah, sí! De modo que...

EMILIO (En son de burla.) Y a ti qué te importa, hombre. ¡Está en su derecho!

JULIÁN (Disimulando.) Claro, claro, si lo decía por... (Al ver a Carmona mirando y guiñando a Ramona.) ¿Qué hace usted ahí?

CAR. Mirando a mi mujer, señorito. ¡También estoy «en mi derecho»!

JULIÁN (Amenazándole con una silla.) ¡Largo de aquí!

EMILIO (A Ramona.) Bueno, bueno... Y... ¿qué vida hacen las señoras?

(Vase Carmona.)

JULIÁN ¡Y a nosotros qué nos importa!

EMILIO Claro que no; pero es una fórmula de cortesía que pregunte uno por la familia.

RAM. ¡Y yo qué voy a decirles! A mí me parece que los señores don Raimundo y doña Cristina están encantados con tener reunidas otra vez a sus hijas.

EMILIO ¿Y las señoritas? Las señoritas, ¿qué hacen?

RAM. Pues van de paseo, de visitas, al teatro...

EMILIO ¿Al teatro?

RAM. Sí, señor; casi todas las noches.

JULIÁN Pero, ¿a ti qué te importa, hombre?

EMILIO ¿A mí? Nada...

RAM. Además, reciben visitas, van al cine.

JULIÁN ¿También al cine?

RAM. Sí, señor; les gusta mucho. Ahora creo que están siguiendo una que se llama «Los traidores a la horca», que tiene cincuenta y cuatro episodios.

EMILIO Con que cincuenta y cuatro episodios, ¿eh? ¡Puede que llegue a los cincuenta y cinco! (A Julián.) Ya lo ves, les importamos poco.

JULIÁN Como a nosotros ellas.

EMILIO Están contentas.

JULIÁN Como nosotros... ¿o es que tú no lo estás?

EMILIO ¿Yo? ¿Que no lo estoy? Y lo que lo estaré. Pienso separarme judicialmente.

JULIÁN Y yo.

RAM. Además, las señoritas...

EMILIO ¡Bueno, bueno, basta; no diga usted más, no queremos saber más!

RAM. Entonces, ¿puedo llevarme el traje de baile?

EMILIO ¡Llévese usted lo que le dé la gana!

RAM. Si el señorito me hiciera el favor de abrir el armario.

EMILIO Voy. (Llamando.) ¡Carmona!

CAR. (Apareciendo inmediatamente.) Señor.

EMILIO ¿Pero dónde estabas?

CAR. Detrás de la puerta, mirando a mi mujer.

JULIÁN ¡Qué bonito!

RAM. Es que nos queremos mucho.

EMILIO Venga, le daré las llaves.

RAM. (A Carmona.) ¿Vienes tú, chatillo?

CAR. Yo no te abandono hasta el portal. (Se van los tres por la derecha.)

JULIÁN De modo que mi mujer de cante y de cine... No... esto sí que no. Que me divierta yo que soy el marido, bueno; pero una mujer... y una mujer casada. Decididamente he hecho bien tomando mi pisito de la calle de Bailén.

EMILIO (Saliendo..) ¡Asunto concluído!

JULIÁN ¿Se llevó los trajes?

EMILIO Se lo llevó todo; no quiero saber más de Mercedes.

JULIÁN Ni yo de Aurora. Y puesto que ellas se divierten, vamos nosotros a hacer lo mismo. Abre el piano.

EMILIO ¿Para qué?

JULIÁN Para que toques.

EMILIO ¿Y qué voy a tocar?

JULIÁN Lo que sea, lo que salga; la cuestión es divertirse.

EMILIO Pero, ¿estás loco?

JULIÁN (Empujándole hacia el piano y sentándole a la fuerza.) Toca; hombre. Hay que alegrar la vida. (Emilio toca el piano con gran fuerza. Julián, en vez de cantar, grita desaforadamente. En la puerta del foro aparecen DON RAIMUNDO y DOÑA CRISTINA, quedándose asombrados al ver el cuadro de los dos yernos, que parecen dos locos. Ellos no se dan cuenta y siguen con sus gritos.)

CRIS. Pero, ¿qué es esto, Raimundo?

RAIM. Pues, hija, ya lo ves: que se han vuelto locos los pobres.

CRIS. (Al ver que siguen cantando.) ¡Julián! ¡Emilio! Que estamos aquí.

LOS DOS (Dándose cuenta.) ¡Caray! ¡Los suegros!

RAIM. Hombre, me alegro encontraros tan contentos.

JULIÁN Hola. ¿Cómo están ustedes? ¿Que tal les va? Tanto tiempo sin vernos. ¡Vaya, vaya!

CRIS. Quince días llevamos esperando que volviérais de vuestro acuerdo.

RAIM. Y corriéseis un velo sobre lo pasado. Porque esta situación no puede prolongarse ni un día más.

JULIÁN En ello estamos.

CRIS. (Aparte a Raimundo) ¿Ves cómo se arregla? Insiste.

RAIM. Y hoy mismo, ahora mismo...

JULIÁN Ahora mismo estábamos pensando Emilio y yo en pedir nuestra separación judicial.

CRIS. ¿Eh?

RAIM. ¿Cómo? ¡Eso es inaudito!

CRIS. ¡Sois unos infames!

EMILIO Señora, yo no tendría inconveniente ninguno en vivir con usted toda la vida.

RAIM. ¿Eh?

EMILIO Creo que es el mejor elogio que se puede hacer de una suegra. Pero volver al lado de mi mujer, no, no y no. (Se va por la derecha.)

JULIÁN Hago mías las palabras de mi cuñado: no, no y no. (Les hace una reverencia y se va.)

RAIM. ¡Una separación, Cristina!

CRIS. ¡Un escándalo, Raimundo!

RAIM. No puede ser, no puede ser.

(Por la puerta del foro aparecen AURORA y MERCEDES)

AUR. Sí puede ser, papá.

RAIM. ¿Eh? ¿Cómo? ¿Vosotras?

MERC. Sí, nosotras, que presumiendo que veníais aquí a buscar solución al conflicto, hemos tenido el acierto de escuchar las últimas palabras de nuestros maridos.

AUR. Y estamos de acuerdo con ellos.

MERC. Completamente de acuerdo.

RAIM. Es decir, ¿que pretendéis separaros definitivamente?

MERC. Definitivamente,
CRIS. Eso es una locura.
RAIM. Eso no puede ser.
AUR. ¡Ah! ¿Pero creéis que vamos a ser tan tontas que mientras ellos se divierten...?
MERC. ¿Porque no negaréis que se divierten?
RAIM. Sí, que al llegar estaban cantando; pero...
AUR. ¿Cantando, eh? ¡Qué bonito!
JULIÁN (Sale llevando en la mano un sobre grande.) ¡Caramba, mi mujer! (Aparte.) Y está más gorda. (Saludándolas.) Buenas tardes, señoras.
LAS DOS (Muy secamente y sin mirarle.) Buenas tardes.
JULIÁN (A Raimundo.) Caballero, sírvase usted aceptar esto. (Entregándole el sobre.)
RAIM. ¿Qué es esto?
JULIÁN Los títulos de la Deuda que representan la dote de su hija Aurora, mi ex mujer.
RAIM. ¿Pero esto es una burla?
JULIAN No acostumbro a burlarme de la ancianidad.
CRIS. El anciano lo será usted.
RAIM. No, hija, no; en este momento lo soy yo.
JULIÁN Mi amigo Emilio suplica a ustedes tengan la bondad de pasar al despacho para hacerle entrega del de su otra hija.
RAIM. Bueno; esto no puede ser.
MERC. Papá, te suplico que lo recojas inmediatamente.
CRIS. (Aparte a Raimundo.) Vamos, es que querrán quedarse solos.
RAIM. (Aparte a Cristina.) Puede ser.
(Se van por la derecha.)
MERC. (Tocando un timbre.) Con su permiso.
JULIÁN (Paseando.) Es usted muy dueña.
CAR. (Por el foro.) Buenos días, señoritas. ¿Ustedes por aquí? ¡Cuánto me alegro!
MERC. Haga usted el favor de decir al señor...
CAR. ¿A su marido?
MERC. A mi... a su señor, que necesito hablar con él.
CAR. En seguida, señorita. (Aparte y yéndose.) ¡Se arreglan, se arreglan!
MERC. ¿Ves tú? Todo tiene fin, y el de nuestros disgustos y nuestra esclavitud ha llegado.
AUR. Sí, hija, sí; ha llegado. ¡Gracias a Dios!
JULIÁN (Que continúa paseándose como si no hubiese nadie en el salón. Hablando solo.) Yo soy un hombre feliz. Me levanto a la hora que me da la gana, como un soltero; tomo el desayuno,

como un soltero; almuerzo en el restaurant, como un soltero; salgo por la noche; fumo, porque ahora fumo sin que a nadie le moleste el humo, y me acuesto cuando me da la gana, como un soltero.

AUR. (Levantándose indignada.) ¡Caballero!

JULIÁN (Muy fino.) No hablo con usted, señora; hablo con una persona imaginaria. (Sigue su monólogo.) Lo dicho: soy feliz, feliz, feliz.

AUR. (Lo mismo.) ¡Caballero!

MERC. (Deteniéndola.) Pero cálmate, mujer. ¿A ti qué te importa? ¿No ves que se trata de un perturbado?

AUR. Tienes razón. No me importa. Y lo que siento, lo único que siento, es que me obligaran mis padres a casarme con ese mamarracho.

JULIÁN ¡Señora!

MERC. Habla con una persona imaginaria.

AUR. Cásate, hija. Si es un hombre modelo, complaciente, amable, fino; si no es autoritario, ni enérgico, ni grosero.

(Siguen los dos hablando por su cuenta.)

JULIÁN ¡Si yo desde el principio hubiera sido autoritario y grosero y enérgico.. Y le hubiera tirado a la cabeza el primer plato de merluza con mayonesa...

AUR. (A él.) ¿De modo que hubiera usted sido mi asesino?

JULIÁN Insisto en que hablo con una persona imaginaria.

AUR. Y yo insisto en que la persona imaginaria le va a usted a dar dos bofetadas reales.

JULIAN (Aparte.) ¡Esta es mi mujer! No ha cambiado nada.

(Por la derecha aparece EMILIO.)

MERC. (Aparte.) ¡El otro! Ahora me toca a mí.

EMILIO Señoras... buenos días. (Al ver que no contestan.) Señoras, he dicho buenos días.

AUR. Ya lo hemos oído.

EMILIO Pues al menos debían ustedes responder.

AUR. No lo merece el verdugo de mi hermana.

JULIÁN (Aparte a Emilio.) No te acerques, que muerde...

MERC. Le he mandado a usted llamar, caballero, y le suplico que me escuche. Además, exijo que mi hermana presencie la entrevista.

JULIÁN Entonces yo me quedo.

MERC. Puede usted quedarse.
(Se sientan.)

EMILIO Usted dirá.

MERC. De acuerdo, absolutamente de acuerdo, en nuestra separación.

EMILIO Me alegro tanto.

MERC. Ahora bien; yo necesito fundamentar en algo mi demanda, y no encuentro otra cosa que alegar sino que ha sido usted un tirano, que me ha injuriado.

EMILIO ¿Yo? ¿Cuándo?

MERC. El día que tiró usted mi traje por la ventana.

EMILIO Su traje no era usted.

AUR. Siente no haberte arrojado a ti.

JULIÁN (A Aurora.) Usted hable, señora, cuando le pregunten. Haga lo que yo.

AUR. ¿Y usted qué hace?

JULIÁN Hago de hombre bueno.

AUR. (Riendo.) ¡Qué sarcasmo!

MERC. Y sobre todo, no me da la gana de aguantar sus impertinencias; porque usted, señor mío, aunque otra cosa se figure, es un sér impertinente, aburrido, grosero, estúpido y tonto. Eso es.

EMILIO Eso es lo que yo digo de usted; y a su tontería, a su impertinencia, puedo añadir que es usted una mujer insufrible, una niña mimada y una solemnísima tonta de capirote.

MERC. (A Aurora.) ¿Lo ves? Me ha llamado tonta de capirote; es imposible que vivamos juntos. Ya has oido sus insultos, ya los ha oído usted también. (A Julián.)

JULIÁN No, no puedo ser testigo en contra de mi compañero de martirio.

MERC. Pues en ello fundaré mi demanda de separación.

EMILIO No basta; y además resulto yo a los ojos del mundo como un miserable.

MERC. Entonces, ¿qué piensa usted hacer?

JULIÁN Tengo una idea.

AUR. ¡Qué mala será!

JULIÁN Podemos hacer un simulacro de adulterio.

ELLAS ¿Eh?

EMILIO Eso es. Invitamos a comer en un reservado a dos amigas cualquieras...

MERC. ¿Y sería usted capaz?

JULIÁN Pero si se trata de una comedia.

MERC. ¡Ni en comedia lo puedo tolerar!

JULIÁN Entonces, ¿es que venís dispuestas a pedirnos perdón?

MERC. ¿Nosotras?

AUR. ¿Nosotras pedir perdón a dos mamarrachos?

JULIÁN ¿Eh? ¿Has oído?

EMILIO Sí; no hay más que hablar. Señoras, a los piés de ustedes.

(En el momento que van a hacer mutis aparecen RAIMUNDO y CRISTINA.)

RAIM. ¡Esperad!

CRIS. ¡Hijás mías!

ELLAS ¡Mamá!

RAIM. (A sus hijas.) Un momento. Yo, vuestro padre, os suplico por última vez que esto termine.

MERC. No, papá, de ninguna manera.

RAIM. ¿De modo que os obstináis?...

AUR. Es imposible que volvamos a vivir juntos.

RAIM. Pues hijas mías, buscad acomodo, porque vuestra madre y yo no estamos dispuestos a sufrir las consecuencias de vuestros caprichos.

CRIS. ¡Raimundo; por Dios!

RAIM. (Aparte a Cristina.) No te enternezcas, que esto va bien.

MERC. Pero papá...

RAIM. ¡Ya no hay papá! Ahí están vuestros maridos.

AUR. Pero mamá...

RAIM. ¡Tampoco hay mamá! ¡Vámonos, Cristina! Buenos días, señores. (A Aurora.) ¡A mí no me das tú la mayonesa!

(Se marchan los dos por el foro, Mercedes y Aurora lloran, mientras ellos se interrogan con la mirada. Emilio está a punto de abrazar a su mujer. Julián se lo evita con la vista.)

JULIÁN (A Emilio.) ¡Ha estado muy bien nuestro suegro! Le mandaré una tarjeta felicitándole.

AUR. (Rabiosa a Mercedes.) ¡Fuera lágrimas! ¿Qué adelantamos con llorar? ¡Vámonos, Mercedes!

JULIÁN (Aparte a Emilio.) Verás ahora. (Deteniéndolas.) Señoras, el resentimiento del esposo no borra la galantería del caballero. Por tanto,

hasta que nuestra separación sea un hecho, pueden ustedes quedarse aquí.

EMILIO ¿En mi casa? ¿Y las dos? De ninguna manera.

JULIAN Tú, mientras tanto, vienes a vivir a la mía.

EMILIO En ese caso...

MERC. Aceptado; pero pagando nuestro hospedaje.

EMILIO Eso no; sin pagar.

JULIÁN Sí, hombre, sí, que paguen. ¡Bastante han vivido de *gorra!* Y ahora, puesto que han tomado ustedes posesión de su casa interina, buenas tardes. (Intenta marcharse por el foro.)

EMILIO Acompáñame al despacho. Aún tengo que arreglar algunas cosas.

JULIÁN Vamos. (Mirando a Aurora.) ¡Decididamente mi mujer ha engordado! (Entra en el despacho.)

EMILIO (Mirando a Mercedes.) ¡Es de mármol! (Se va.)

MERC. (Viéndole marchar.) ¡Es de bronce!

AUR. Ya lo has oído. Somos interinamente las dueñas de la casa. (Se despoja del sombrero y abrigo y los coloca al foro. Observándola.) Oye; parece que te has quedado un poco mohina.

MERC. ¿Yo?

AUR. Sí. ¿Acaso te has creído que lo de las amigas?...

MERC. ¿Y si fuera cierto?

AUR. ¡Ah! ¿Pero estás celosa? ¡Ja, ja, ja!...

MERC. Como tú. ¿Acaso no lo estás tú también?

AUR. ¿Yo? ¡No sabes lo que dices! ¡Yo odio profundamente a mi marido!

MERC. Como yo al mío.

AUR. Eres incomprensible.

MERC. Mejor. ¡Valiente tonta!

AUR. Oye, oye, que la tonta lo serás tú.

MERC. ¡O tú!

AUR. ¡Bah! ¡Déjame en paz! (Vase izquierda.)

MERC. ¡Una amiga! ¡Mi marido una amiga!... (Mira cautelosamente hacia todos los sitios y se dirige al mueble escritorio, que tiene la llave puesta; lo abre y registra, cerrando precipitadamente al ver a JULIAN que sale en este momento.)

JULIÁN Continúe, continúe. Está usted en su casa.

MERC. (Azorada.) ¿Supongo que no se figurará usted que estoy registrando los papeles de mi marido?

JULIÁN Nada de eso. No faltaba más. Eso sería que usted estaba celosa y...

MERC. ¿Celosa yo? ¡Ja, ja, ja! (Hace mutis por donde Aurora.)

JULIÁN Decididamente están deseando hacer las paces. Esta celosa, el otro desesperado... ¡Hay que reconciliarlos! Pero, ¿y cómo los?... ¡Ah, qué idea! la carta en que me contestó Coral puede servirme admirablemente. (Saca de su cartera una carta y lee.) «Tu carta me llena de alegría. Iré el lunes a las tres. Coral.— *Posdata.* No olvido tus señas: Belén, 16.» Como afortunadamente no encabeza con mi nombre estas líneas, pudieran muy bien ser para Emilo. (Esconde la carta al ver a Emilio que sale.)

EMILIO ¿Pero dónde se ha metido Carmona? Hace media hora que le estoy llamando. (Hace sonar un timbre.) Necesito que me prepare un baul.

JULIÁN ¿Para que te lo lleve a casa?

EMILIO Para que me lo lleve a la estación.

JULIÁN ¿Te vas de viaje?

EMILIO Sí. ¡Creo que estoy en mi derecho!

JULIÁN ¿Y a dónde vas?

EMILIO A Italia.

JULIÁN (En broma.) ¿A comprar un organillo?

CAR. (Por el foro.) ¿Llamaba el señor?

EMILIO Arrégleme usted un baúl.

CAR. Sí, señor.

EMILIO Nos vamos esta noche.

CAR. (Asustado.) Que... ¿nos vamos?

EMILIO A Italia.

CAR. ¿A Italia? ¿Y quienes se van?

EMILIO Tú y yo.

CAR. (Aterrado.) ¿Yo y usted? ¿Y no le sería al señor igual que nos fuéramos la semana que viene?

EMILIO ¿Por qué?

CAR. (Casi llorando.) Señor... ¡Porque acaban de devolverme a mi mujer! La ha mandado a llamar la señorita.

EMILIO De modo... que te niegas...

CAR. El señor comprenderá...

EMILIO Perfectamente. Quedas despedido. (A Julián.) Voy un momento abajo a la oficina. Puedes esperarme aquí o ir en mi busca. Hasta ahora. (Vase por donde salió.)

CAR. ¡Y me despiden porque me devuelven a mi mujer!

JULIÁN ¡Yo impediré que se vaya!

CAR. Gracias.

JULIÁN ¿Eh? No hablaba de usted.

MERC. (Dentro.) Sí, sí... Si no está aquí mi traje de viaje va usted a casa de mis papás a buscarlo. Salimos esta noche. (Sale a escena sin abrigo ni sombrero.) Carmona, haga usted el favor de ir a buscarme un carruaje.

CAR. El señor acaba de despedirme, y advierto a la señora que me llevo a Ramona. La mujer debe seguir a su marido.

MERC. ¿Le ha despedido el señor? Está bien. Yo le tomo a mi servicío.

CAR. Gracias, señora.

MERC. ¡Vaya usted a buscarme un carruaje!

JULIÁN (Aparte y aproximándose al mueble-escritorio.) Empecemos mi obra. (Alto.) ¿Va usted a pasear?

MERC. Me voy de viaje.

JULIÁN ¿A Italia?

MERC. No, señor. A Rusia. Me marcho con mi doncella.

CAR. (Aterrado.) ¿Con Ramona? ¿Y no le sería lo mismo a la señora partir la semana que viene?

MERC. ¿Por qué?

CAR. Porque... ¡acaban de devolverme a mi mujer!

JULIÁN (A Carmona.) Tiene usted poca suerte. Vaya a buscar el carruaje.

CAR. (Haciendo mutis por el foro.) ¡Dios mío! ¡Mi mujer a Rusia! ¡Se va a helar! (Vase.)

JULIÁN Si usted me lo permite... (Buscando en el mueble.) Voy a continuar... (Aparte.) ¡Ayúdame, Maquiavelo!

MERC. Puede hacer lo que guste.

JULIÁN Me rogó Emilio que entre estos papeles buscase una carta firmada por Coral y se la llevase.

MERC. ¿Coral?

JULIÁN (Saca su carta y figura que la encuentra entre los papeles.) Aquí está. ¿Manda usted algo?

MERC. Nada.

JULIAN A los piés de usted. (Inicia el mutis.)

MERC. ¡Julián!

JULIÁN (Volviéndose.) ¿Eh?

MERC. No, nada.

JULIÁN ¡Ah! (Lo mismo que antes.)

MERC. ¡Julián!

JULIÁN (Idem.) ¿Eh?

MERC. Nada, nada.

JULIAN (Inicia otra vez el mutis y como ella no le llama se vuelve y dice.) ¿Decía usted?

MERC. No decía nada, no... Pero... la verdad... tengo curiosidad por...

JULIÁN (Mostrándole la carta.) ¿Esto?

MERC. Sí.

JULIÁN Es de su marido.

MERC. Por eso.

JULIÁN Por eso no debe importarle a usted.

MERC. Y no me importa; es sólo curiosidad.

JULIÁN Siendo sólo por eso... ¡Ahí va. (Se la entrega.)

MERC. (Leyéndola.) ¿Eh? ¿Cómo?

JULIÁN ¿Decía usted?

MERC. ¡Es su amante, sí; es su amante! ¡Infame!... ¡Claro! ¡Por eso insistía en lo del adulterio! Es un infame y usted es su cómplice... Es un infame... Pero no, no, no; le aseguro que no la verá. Seré yo quien le espere a las tres en esta casa!

JULIÁN (Aparte.) Me está saliendo como si lo hubiese ensayado.

MERC. (Que sigue leyendo la carta.) Bailén, 16. ¡Una amante! ¡Una amante! ¿Y quién será esta mujer?

JULIÁN Coral Alcaide, condesa de Miraflores.

MERC. ¡La conoceré! ¡Yo se lo aseguro! (Vase por donde salió, figurando que va a ponerse el sombrero y el abrigo.)

JULIÁN ¡Esta ya no va a Rusia! Se tragó la píldora. Ahora vamos a la segunda parte. Otra cartita a Emilio para hacerle ir y... Pero diablos, que Emilio conoce mi letra. ¡Si yo hallara quien!...

MATILDE (Por el foro, acompañada de SERAFIN.) Caballero, buenas tardes.

SER. Mamá, déjame a mí, que estas son cosas para hombres solos.

MAT. Un momento. Seré breve. Caballero, la inconsecuencia matrimonial de ustedes, la ruptura del lazo que unía a ustedes con sus respectivas mujeres, ha traído a mi hogar vientos de tempestad.

JULIAN Señora, no entiendo...

MAT. No interrumpa y apréstese a oir estas mis frases casi catilinarias.

SER. Mamá, te suplico que...

MAT. Y yo te suplico silencio y recogimiento. Mi hijo, mi Serafín, viene sufriendo desde hace quince días la más espantosa de las clorosis. ¡El, que era alegre como un ruiseñor!...

JULIÁN Pero...

MAT. Sí, señor, como un ruiseñor; está triste cual una corneja; su tez palidece, su cuerpo enflaquece y su corazón sufre la tortura de un amargor insólito.

JULIÁN Yo le suplico que...

MAT. No me coarte. Prosigo. Su mal es remediable. Serafín, ama. Serafín es amado. Pero entrambos se cierne la discordia de ustedes. Mientras ustedes no vuelvan a sus hogares respectivos, con sus respectivas mujeres, mi hijo no puede formar el suyo. Y aquí venimos, ¿lo oye usted bien?, venimos a rogarles que se unan.

JULIÁN No puede ser.

MAT. Que se reconcilien.

JULIÁN Es imposible.

MAT. ¡O se unen ustedes o yo no respondo de mis actos!

JULIÁN Señora; no creo que sea usted la llamada...

MAT. Soy la madre de este vástago. Véale usted, y si su dolor no le lleva a compasión, creeré lo que dicen de que usted y su amigote son dos Calígulas, dos Nerones; más aún, dos Brutos.

JULIÁN ¡Señora!

MAT. Lo digo recordando al asesino de César.

SER. Mamá, déjame: yo le convenceré.

MAT. Ahí te quedas, hijo. Tú que sabes como médico penetrar con el bisturí de tu ciencia hasta lo más hondo de nuestro imperfecto sér, penetra en el de ellos.

JULIÁN Es inútil; señora.

MAT. Serafín, quédate. Yo volveré cuando comprenda que has penetrado en la víscera cardíaca de estos señores. Servidora.

JULIÁN Pero...

MAT. Servidora... Penetra, Serafín, penetra. Servidora. (Hace una gran reverencia y se va por el foro, Serafín la sigue hasta la puerta y se queda en ella.)

JULIÁN Penetra, Serafín.

SER. Mi mamá, caballero, está trastornada...

JULIÁN Ya lo he visto.

SER. (En tono muy ceremonioso.) Está trastornada por el dolor de verme sufrir; pero yo, un poco menos trastornado que mamá, vengo dispuesto a todo. Por lo tanto, le intimo a que se reconcilie usted con su esposa, o de lo contrario le mandaré mis padrinos.

JULIAN ¡Caray! ¡Un duelo!

SER. Y además, le mataré a usted.

JULIAN Pero, ¿usted no es médico?

SER. Por eso digo que le mataré a usted; es decir, que... (Transición.) ¡Soy muy desgraciado, caballero!

JULIÁN (Aparte.) ¡Pobre muchacho! (Alto.) ¡Hombre, qué idea! ¿Usted quiere casarse con Charito?

SER. ¡Don Julián!

JULIÁN Suprima el don. ¿Usted quiere casarse?

SER. (Muy contento y hasta dándole una palmadita en el hombro.) ¡Julián!

JULIÁN ¿Hará usted lo que yo le mande?

SER. De cabeza.

JULIÁN (Señalándole el secreter.) Siéntese usted.

SER. (Asombrado.) ¿En el secreter?

JULIÁN En esa silla.

SER. Pero; ¿se unirán ustedes?

JULIÁN Hoy mismo. Escriba.

SER. ¿Va usted a escribir a su mujer?

JULIÁN Escriba.

SER. Dicte usted. ¿Redondilla o gótica, caballero?

JULIAN Escríbalo usted como quiera, pero pronto.

SER. Soy una Yost dislocada. Venga.

JULIÁN (Dictando.) «Mercedes mía.»

SER. ¿Eh? ¿Cómo? ¿Es a su cuñada?

JULIÁN Usted escriba y calle. (Dictando.) «Ya sabe usted que la adoro con pasión.»

SER. «Con pasión.»

AUR. (Sale, oye la última palabra y se oculta para observar.) ¡Mi marido dictando una carta!

JULIÁN (Dictando.) «Si sus ojos no mienten, me ama usted también.»

AUR. (Desde su escondite.) ¿Eh? ¿Qué dice?

SER. «También.»

JULIÁN «Y puesto que ya nada nos separa, esta tarde a las tres la espero en mi nido: Bailén, 16. No falte.»

AUR. (Escondida.) ¡Ah, bandido! ¿Con que tiene una amante? ¡Nos veremos, señor mío, nos veremos! (Saca una tarjeta del bolsillo.)

SER. «Bailén, 16. No falte.»

AUR. (Escribiendo en la tarjeta.) «Bailén, 16.» No faltaré.

JULIÁN Ahora la firma.

AUR. ¡Canalla, más que canalla!

JULIÁN «El Conde de Miraflores.»

SER. ¡Requesón! ¿Miraflores?

JULIAN Ese es mi nombre de guerra.

SER. Ya está.

JULIÁN (Coge la carta y dice aparte.) Veremos a ver cómo hago llegar a manos de Emilío esta carta, sin que peligre mi cabeza. (Vase.)

SER. (Viéndole marchar.) Y ni siquiera me da las gracias.

AUR. (Que sale furiosa.) ¡Conque tiene una amante, y se hace llamar Miraflores!

SER. ¡Refarmacia! ¡La señora de Julián!

AUR. Le felicito a usted por el bonito papel que está desempeñando. ¡Celestino!

SER. Serafín, señora, Serafín.

AUR. ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

SER. Pero...

AUR. ¡Sale usted... o... (Amenazáudole.)

SER. (Iniciando el mutis.) Creo que he conseguido todo lo contrario de lo que me proponía. Voy a buscar a don Julián y que me explique... (Se va por donde Julián.)

AUR. (Poniéndose nerviosamente el abrigo y sombrero.) ¡Conque una amante! Claro, por eso proponía un simulacro de adulterio... ¡Ay, señor mío, que yo no le vea a usted antes de encontrarle en esa casa donde está citado con esa... cualquier cosa, porque le araño, le araño, le araño! (Se va por el foro.)

EMILIO (Que sale acompañado de JULIAN.) Bueno, tú dirás ¿qué quieres? ¿para qué me sacas de la oficina? ¿Qué pasa?

JULIÁN ¿Crees en mi amistad?

EMILIO Es claro.

JULIÁN ¿Qué harías tú en el caso en que supieras que mi mujer, mi Aurora, recibiera una cita de un hombre que no fuera yo?

EMILIO ¡Caray, qué preguntas se te ocurren!

JULIÁN Responde, ¿qué harias?

EMILIO Decírtelo; prevenirte... pero acaba de una vez, que me tienes impaciente.

JULIÁN Ante todo, ¿estás plenamente decidido a separarte de tu mujer?

EMILIO Sí.

JULIÁN Pues toma. (Dándole la carta que escribió Serafín.) Ahí tienes esa prueba.

EMILIO (Leyendo.) «Mercedes mía, ya sabe usted que la adoro con pasión... (Sigue leyendo para sí demostrando por sus gestos la cólera que le embarga.) ¿Cómo? ¡Un amante! ¿Mi mujer tiene un amante? ¡Mentira! ¡Esto es mentira! (Como loco y mirando la carta.) ¡Verdad!... ¡Esto es verdad! ¡Los mato! ¡Los mato!

JULIÁN (Siguiendo la farsa.) ¡Eso no! ¿Supongo que tú no irás a esas señas?

EMILIO ¿Que no iré? ¡Ya lo creo! (Vase izquierda.)

JULIÁN Pero, oye... ¡Esto va como una seda! (Hace mutis por donde él.)

RAIM. (Por el foro muy compungido.) No he podido resistir más. Deben estar las pobres sufriendo horriblemente. (Yendo a todas las puertas.) ¿Por dónde andarán?

RAM. (Por la derecha.) ¡El señor!

RAIM. Ramona, ¿usted aquí?

RAM. Sí, señor, como las señoras creo que no vuelven a casa, he cogido mi ropa y aquí estoy con la señorita.

RAIM. Pues bien; mire, baje al portal y diga a mi mujer, que está en la acera de enfrente en un coche de punto, que no se impaciente, que ya debe haberse arreglado todo.

RAM. Está bien, señor. (Aparte y yéndose por el foro.)

MERC. (Por la derecha, con sombrero puesto y abrigo.) Ya se acerca la hora de la cita. ¡Allí nos veremos todos! (Al salir por el foro se da de cara con Raimundo.) ¡Papá!

RAIM. ¡Mercedes!

MERC. (Cayendo en sus brazos.) ¡Ay, papá! ¡Si tu supieras!

RAIM. ¿Qué? ¿Se arregló?

MERC. ¡Mi marido tiene una amante!

RAIM. ¡Zambomba!

MERC. Sí, la condesa de Miraflores; tengo una carta; están citados, deben verse hoy mismo. Voy a sorprenderles. Si oyes vocear esta noche. «El crimen de esta tarde», ya sabes, Bailén, 16. ¡Adiós! (Vase por el foro.)

RAIM. ¡Madre santísima! Pero ¿qué dice esta chica? ¡Mercedes!... ¡Mercedes!... Ha dicho Bailén, 16! ¡Sí! ¡Mercedes! ¡Mercedes. ¡Bailén, 16! (Vase como loco por el foro.)

EMILIO (Por la izquierda seguido de Carmona que intenta ponerle el gabán.) ¡Deja! ¡Deja! ¡Ya me lo pondré! ¡Que no me esperen a comer!

CAR. ¿Quiere el señor que le acompañe?

EMILIO ¡No necesito a nadie! (Mirando la carta que trae entre sus manos.) Bailén, 16.

CAR. (Yéndose por la izquierda.) Bueno.

EMILIO Bailén, 16. (Al intentar salir por el foro, tropieza con CRISTINA que entra nerviosa.)

CRIS. Pero ¿qué pasa? ¿qué pasa, hijo?

EMILIO ¡Quítese usted de mi vista, señora!

CRIS. Pero, Emilio... ¡por Dios! ¿Qué ocurre? ¡Mi hija ha tomado un coche! ¡Mi marido ha salido corriendo detrás como un loco!... ¿A dónde van?

EMILIO ¿Quiere usted saber a dónde va su hija?

CRIS. ¡Claro que quiero saberlo!

EMILIO (Entregándole la carta.) Lea usted esta carta de su amante.

CAR. ¿De mi amante?

EMILIO ¡Del amante de su hija de usted!

CRIS. ¡Eso no es cierto! ¡Mi hija es honrada!

EMILIO Lea usted.

CRIS. ¡Repito que mi hija es honrada!

EMILIO ¡Lea usted y convénzase!

CRIS. ¡Emilio!

EMILIO ¡Convénzase!

CRIS. ¡Emilio!

EMILIO ¡Cuernos! ¡Bailén, 16! (Marchándose por el foro como un rayo.)

CRIS. ¡Oh, esto es inaudito, esto no puede ser! (Leyendo.) «Mercedes mía: Ya sabe usted que la adoro con pasión.» ¿Eh? ¡Ah! ¡Oh! ¡Aaah! (Se desmaya.)

SER. (Por la segunda derecha.) Nada, que no encuentro a Julián para decirle... (Viendo desmayada a doña Cristina.) ¡Doña Cristina! ¡Doña Cristina! ¡Cielos! ¡Un colapso!

CAR. (Seguido de Ramona por el foro.) ¿Qué pasa?

SER. ¡Un colapso! ¡Un médico! ¡Un médico! ¡Que traigan un médico! (Vase corriendo segunda derecha.)

RAM. ¡Señora! ¡Señora!

CAR. ¡Está desmayada!

RAM. Busca un médico.

CAR. ¿A don Serafín?

RAM. ¡No! No ves que él va buscando a otro. (Vase Carmona por el foro dándose de cara con CHA-

RITO, que viene acompañada del Criado del primer acto.)

CHAR. ¡Carmona! ¡Mis padres! ¿Dónde están mis padres?

RAM. ¡Ay, señorita!

CHAR. ¿Qué gritos son esos?

RAM. Su mamá que...

CHAR. (Viendo a Cristina.) ¡Ay, Dios mío! ¡Mamá! ¡Mamá! (Al Criado) ¡Vaya usted a avisar a un médico, (Vase el Criado.) pero corriendo, (Vase Ramona.) ¡Mamá, mamaíta! (Llorando.) ¡Ay, Dios mío! ¿Qué habrá pasado aquí? (Al ver la carta que aún conserva entre sus manos Cristina.) ¿Eh? ¿Qué es esto? (La coge y la examina.) ¡Cielos! ¡Letra de Serafín! ¡Y se firma Conde de Miraflores! ¡Y es para Mercedes!

CRIS. (Volviendo en sí.) ¡Hija! ¡Hija mía!

CHAR. Mamá, lo sé todo, no me ocultes la verdad.

CRIS. Pero ¿qué dices?

CHAR. ¡Esta es su letra!

CRIS. ¿De quién?

CHAR. De él; pero ¿no lo has leído? De él, citando a una Mercedes. Yo necesito verlos, yo necesito saber quién es esta Mercedes.

CRIS. Tu hermana.

CHAR. ¿Eh? ¿Mi hermana? ¡Ah, infames, traidores! ¡Y sobre todo él, él!

CRIS. Ah, ¿pero tú lo conoces?

CHAR. Claro.

CRIS. ¿Al conde de Miraflores?

CHAR. A Serafín, que es quien ha escrito esta carta.

CRIS. ¿Serafín? Pero ¿qué estás diciendo?

CHAR. ¡Ramona! ¡Rámona! O si no, no; no hace hace falta, iré yo sola...

CRIS. ¿Tú? ¿Estás loca?

CHAR. Sola... Les sorprenderé, sé las señas. Bailén, 16.

CRIS. ¡Hija!

CHAR. (Yéndose por el foro.) Bailén, 16.

CRIS. (Marchándose detrás de ella.) ¡Hija! ¡Charito! Bailén, 16.

JULIAN (Por la primera derecha poniéndose el sombrero.) ¡Ea! ¡A Bailén, 16! (Mutis foro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salita elegante y coquetona. Dos puertas al foro; la de la derecha conduce a otras habitaciones interiores; la de la izquierda al recibimiento donde está la puerta de la escalera, y que dará frente al público para que se vea cada vez que se abra o se cierre. Lateral izquierda, dos puertas con sus respectivas cerraduras. En la lateral derecha primer término, un balcón y en la segunda, puerta de escape, también con cerradura y que conduce a otra escalera. Cortinas y muebles apropiados.

—

(Al levantarse el telón y después de una pequeña pausa, se oye abrir por dentro la puerta de escape por la que aparece sigilosamente JULIAN.)

JULIÁN He llegado a tiempo. Aun falta un cuarto de hora para la cita. ¡Admirable! Dentro de algunos minutos llegará la parejita, se encontrarán solos, vendrán las reconvenciones, los mimos, las disculpas y todo acabará en un abrazo. Hay que prevenir a la chica. (Hace sonar un timbre.) He avisado al portero para que haga pasar a quien pregunte por el conde o la condesa de Miraflores.

PRIM. (Doncella andaluza, sin cofia ni tirantes, sale por el foro derecha; al ver a Julián da un grito.) ¡Ay!

JULIÁN ¿Qué te pasa?

PRIM. ¡Ay! perdone er señorito, como no lo esperaba aquí dentro...

JULIÁN He entrado por la puerta de servicio.

PRIM. ¡Pues vaya un susto que me he llevado.

JULIÁN Ahora escuche usted bien lo que voy a decirle.

PRIM. Ya escucho... Ay, espere usted un momento, señorito, que tengo toavía er corasón como un automóvi. (Respirando fuerte.) Ya, ya se va pasando. Dígame usté.

JULIÁN En primer lugar, ¿está usted contenta?

PRIM. ¿Contenta de qué?

JULIÁN De la casa.

PRIM. ¡Josú! ¡Po no he de estarlo, señorito! Pero si esta casa es la ganga más grande que hay en Madrí. Llevo siete días comiendo de restauran, levantándome a la hora que me da la gaua, me paga usté como los ángeles y estoy sentá to er día... ¡No estaría mejor una divete!

JULIÁN Pues hoy tendrá usted trabajo.

PRIM. Ya me figuraba yo que esto no era pa toa la vía. Usté me manda.

JULIÁN Dentro de algunos minutos vendrá un señor y una señora.

PRIM. ¿Juntos?

JULIÁN Separados. Les abre usted y les deja la casa por suya.

PRIM. (Guiñando un ojo.) Entendío. ¿Y me voy?

JULIÁN No.

PRIM. Ah, bueno.

JULIÁN El señor tal vez no le pregunte nada y entre hecho una bomba. No se asuste usted; y si rompe los muebles, que los rompa.

PRIM. ¡Ay! ¿pero es algún loco?

JULIÁN Usted escuche y haga lo que yo la mando.

PRIM. Sí, señor.

JULIÁN Si rompe los muebles...

PRIM. Que los rompa; sí, señor.

JULIÁN Puede ocurrir también que ese señor, en vez de entrar sin preguntar nada, le pregunte a usted por el conde de Miraflores. Usted le dirá que «el señor Conde ha salido, pero que puede esperarle.»

PRIM. Está muy bien.

JULIÁN Tal vez quiera informarse si ha venido una señora, y, si ha venido, le dirá usted que sí.

PRIM. ¿Y si no ha venido, le digo que no?

JULIÁN Eso es. La señora entrará también hecha otra bomba.

PRIM. Total: dos bombas.

JULIÁN Esta señora le preguntará a usted por la condesa de Miraflores. Usted le responde

también «que ha salido pero que la espere.»

PRIM. ¡Ah, vamos! ya sé lo que es tó esto, un calambrú.

JULIÁN ¿Cómo?

PRIM. Calambrú. ¿No se dise así?

JULIÁN Sí, eso es...

PRIM. ¿Y eso es tó lo que tengo que haser?

JULIÁN Escuche. Cuando el señor y la señora se encuentren, usted tomará discretamente la puerta y se irá lo más lejos posible de esta habitación, ¿comprende usted?

PRIM. ¡Pero ni que me lo hubiera usté carcao! (Se oye el timbre de la puerta.) ¡Primera bomba!

JULIAN Vaya usted a abrir. Yo me voy por la puerta de servicio. Mucha discreción. (Se va por la puerta de escape.)

PRIM. (Va hacia el foro izquierda y abre la puerta.) Pase usté, señó.

EMILIO (Entrando decidido.) ¿El Conde de Miraflores?

PRIM. (Aparte.) Discresión. (Alto.) Está bueno, grasias.

EMILIO ¿Va usted a burlarse?

PRIM. No, señó. ¡Dios me libre!

EMILIO Pues responda usted o... (Cogiendo una silla.)

PRIM. (Aparte.) ¡Primera rotura!

EMILIO El Conde de Miraflores, ¿vive aquí?

PRIM. Sí, señó.

EMILIO ¿Y dónde está?

PRIM. Ha salido; pero puede usté esperarle si quiere y entretenerse con lo que quiera. Ahí tié usté los muebles.

EMILIO Perfectamente. ¿De modo que está usted sola?

PRIM. No, señor.

EMILIO ¿Quién más hay en la casa?

PRIM. Usté.

EMILIO (Conteniéndose.) ¿Y aparte de nosotros dos?

PRIM. Nadie.

EMILIO ¿Cómo es su amo de usted?

PRIM. (Aparte.) ¡Cuánto pregunta este hombre! (Alto.) Muy buena persona.

EMILIO ¡Le pido su retrato!

PRIM. No me lo ha dao.

EMILIO Pero, ¿va usted a burlarse?

PRIM. ¡Ay, no, señor! ¡Dios me libre!

EMILIO ¿Es joven, viejo, rubio, moreno?

PRIM. (Aparte.) ¡Este es er del padrón!

EMILIO ¿Quiere usted contestarme?

PRIM. Mire usted... La verdad... yo no me he fijao ni en la edad ni en er coló.

EMILIO ¿Soltero o casado?

PRIM. Casado. (*Aparte.*) Es el del padrón. (*Alto.*) Sabe leer y escribir.

EMILIO No le he preguntado a usted tanto. Supongo que usted sabrá que aquí ha de venir una señora.

PRIM. Sí, señor.

EMILIO Eso era lo que quería saber. Tome usted. (*Le da un billete de cinco duros.*) Y ahora ocúltame y cuando su amo esté con esa señora, me avisa.

PRIM. (*Guardandose el billete.*) Tiene usté una manera de desir las cosas... ¿en qué momento le aviso?, ¿cuando llegue la señora o un cuarto de hora después?

EMILIO ¡Cinco minutos después...! (*Rectificando rápido.*) ¡¡No!! ¡Un minuto!

PRIM. Comprendido; ar minuto le doy a usté er primer aviso. Voy a llevarle a mi cuarto. (*Al indicar el mutis por el foro izquierda, suena el timbre de la puerta.*) Debe ser la señora. Entre usted ahí ahora. (*Indicando la primera izquierda.*) Voy a abrir. (*Dirigiéndose a la puerta.*)

EMILIO ¡Es ella! Seguramente me dirá que ha venido a ver a la señora del Conde. ¡He de confundirla! (*Ocultándose en la primera izquierda.*)

PRIM. (*Abre la puerta y se presenta* RAIMUNDO.) Pase usté por aquí... (*Cierra.*)

RAIM. (*Suplicante.*) ¡Señora!

EMILIO (*Oculto.*) ¡Mi suegro aquí!

RAIM. Señora, yo soy un padre atribulado que no repara en postrarse de rodillas ante usted. (*Lo hace.*)

PRIM. (*Aparte.*) No me han dicho lo que tenía que hacer con este viejo. (*Alto.*) Pero, caballero...

RAIM. Señora, piedad para mí; piedad para mi hija, piedad para mi hogar, que fué feliz hasta que usted se interpuso en el camino de mi yerno.

EMILIO (*Aparte y escondido.*) Pero, ¿qué hace este hombre?

RAIM. Renuncie usted a él.

PRIM. ¿Yo?

RAIM. Es casado.

PRIM. ¡Y a mí qué me importa!

RAIM. A usted no, pero a mí sí... ¡Soy su padre!
PRIM. ¿Mi padre?
RAIM. El padre de ella.
PRIM. Usté se ha equivocado de casa, caballero.
RAIM. No. Estoy seguro. Es esta.
PRIM. Pues bien; los señoritos han salido.
RAIM. ¿Cómo? (Levantándose.) ¿Pero usted quién es? ¿Quién es su señorito de usted?
PRIM. Mi señorito es el Conde de Miraflores.
RAIM. ¿Y vive aquí?
PRIM. Sí, señor.
RAIM. Pero, ¿él no estará en casa?
PRIM. No, señor.
RAIM. ¡Natural! (Aparte.) ¡Pobrecilllo! (Alto.) En cambio la señora Condesa, ¿sí estará?
PRIM. Tampoco.
RAIM. La esperaré. (Se sienta.)
PRIM. ¡No, señor!
RAIM. ¡Ya lo creo que la esperaré!
PRIM. ¡Le digo a usted que no, caballero!
RAIM. Está bien. (Levantándose.) A mí con una pequeña indicación como la que me ha hecho usted, me basta. (Dándole unas monedas.) Tome usted cinco pesetas. (Al ver la mueca de disgusto que hace Primitiva.) Vaya... tome usted diez.
PRIM. Grasias.
RAIM. Yo necesito ver a la amante de mi yerno. Usted no sabe la carrera que me he dado en coche, por llegar antes que mi hija; porque mi hija va a venir y los va a sorprender y aquí va a ocurrir una catástrofe, joven. (Suplicante.) ¡Evite usted que voceen esta noche los periódicos con «El crimen de esta tarde»!
PRIM. (Aparte.) ¡Este hombre está loco!
RAIM. ¿Usted no conoce a mi hija?
PRIM. Claro que no.
RAIM. En vista de que no me permite usted esperar aquí a la condesa, me voy al restaurant que está allí enfrente. (Se lo señala por el balcón.) ¿Lo ve usted? Aquél.
PRIM. Sí, señó; lo veo.
RAIM. En cuanto venga el señorito Emilio o la señora, se acerca usted a este balcón y agita cualquier cosa: un pañuelo, una servilleta, una toalla. (Indicando el mutis por el foro izquierda) ¡Silencio, discreción y ya lo sabe usted! ¿Agitará el pañuelo?

PRIM. Sí, señor; lo agitaré. (Le acompaña hasta la puerta, la cierra, y cuando vuelve, se encuentra a EMILIO que le coge una mano.)

EMILIO ¡No lo agitará usted!

PRIM. (Asustadísima.) No, señó; no lo agitaré.

EMILIO ¿Usted sabe quién ese señor?

PRIM. ¡Yo no sé ya quién es nadie! Y ar paso que voy, dentro de sinco minutos estoy viendo que no voy a sabé quién soy yo.

EMILIO ¡Pues es el padre de la señora amiga de su señor!

PRIM. Lo que he dicho yo: un «calambrú.»

EMILIO Ya ve usted a lo que se hubiera expuesto si agita el pañuelo.

PRIM. No, señó; si yo no pensaba agitarlo.

EMILIO (Pensando en alto.) ¿Pero quién le habrá dicho? ¡Ah! ¡Claro! La carta de ese seductor que yo le entregué a mi suegra... Habrá puesto a don Raimundo en antecedentes y Mercedes ya no acudirá a la cita. ¡Eso es!

PRIM. (Aparte.) Este está más loco que el otro.

EMILIO (Dando nerviosamente con una silla en el suelo.) ¡Pero no importa, señora mía!

PRIM. (Aparte.) ¡Va a comensá la rotura de muebles!

EMILIO Yo veré a su madre, yo le arrancaré la carta que puse en sus manos y a ver si es usted capaz de negarme su infidelidad. (Iniciando el mutis.) Buenas tardes.

PRIM. ¿No espera usted al señor Conde?

EMILIO Ya lo veré más tarde.

PRIM. (Aparte.) Este va en busca der viejo pa pegarle. (Alto.) Si no quiere usté salir por ahí aquí hay otra puerta que da a la escalera. (Señalándole la segunda derecha.)

EMILIO Mejor. Tiene usted razón. (Aparte.) Así evitaré encontrarme con mi suegro. Adiós. (Primitiva abre la puerta y desaparece por ella Emilio.)

PRIM. ¡Josú, qué hombre! Sin sosiego me traía. Ya me estaba yo viendo el espardá de una silla por peineta. (Suena muy fuerte el timbre de la puerta.) ¿Otro? ¿Quién será ahora? (Suena el timbre con más fuerza.) ¡Josú y qué bulla trae!... ¡Qué diita! ¡Menos mal que lo pagan bien! (Se dirige al foro izquierda, abre y aparece MERCEDES que entra resuelta y furiosa.)

MERC. ¡Pronto! ¿Dónde está su señora? ¡Diga!

PRIM. (Aparte.) ¡La segunda bomba! Esta es la que lo rompe todo.

MERC. ¿Dónde está su señora?
PRIM. ¿Mi señora?
MERC. Sí, la señora Condesa de Miraflores; esta es su casa, no me lo niegue usted; el portero me ha dicho que vive aquí. Necesito verla en seguida. Llámela.
PRIM. Mi señora ha salido.
MERC. ¿Eh?
PRIM. ¿Si la señora quiere esperarla?
MERC. Ya lo creo que la esperaré. (Se sienta. Hay una pequeña pausa en que Mercedes lo examina todo. Después mira a Primitiva descaradamente; esta baja los ojos. Aparte.) ¡Buena será la doncellita también! Para tal señora...
PRIM. (Aparte.) A estas calladas les tengo yo más miedo.
MERC. (Irónica.) ¿Su señora de usted será muy guapa?
PRIM. (Por decir algo.) ¡Preciosa!
MERC. (Furiosa.) ¡Feísima!
PRIM. (Aparte y asustada.) Cuando yo decía... (Alto.) Es... regular nada más.
MERC. ¿Y el marido de su señora de usted?
PRIM. Por ahí... por ahí.
MERC. ¿Está en Madrid?
PRIM. Por ahí... por ahí.
MERC. ¿Por dónde?
PRIM. Por ahí... que está fuera.
MERC. Ya me lo figuraba.... Y el pobre vivirá tan tranquilo, tan confiado, tan inocente, mientras que la muy... (Suena el timbre de la puerta.) ¿Eh? ¿Han llamado, verdad? (Levantándose)
PRIM. Sí, señora.
MERC. ¿Será ella?
PRIM. ¿Qué ella?
MERC. Su ama.
PRIM. No... mi ama no llama así. (Aparte.) Me estoy haciendo un lío.
MERC. Entonces, ¿es él?
PRIM. ¿Qué él?
MERC. El, el amante, mi marido. ¡Sepa usted que yo soy la mujer del amante de su señora!
PRIM. ¡A mí me van a vorvé loca con tanto «calambrú!»
MERC. Escóndame usted. Necesito sorprenderles. Tome usted. (Le da tres duros.)
PRIM. Pero, ¿también quiere usté esconderse?
MERC. ¿Luego hay alguien más oculto en la casa?

PRIM. No, señora... le juro a usté...

MERC. ¿Dónde me oculto?

PRIM. (Señalándole la segunda izquierda.) Aquí. Pero por Dios, no sarga usté hasta que yo le avise, no sea otra persona y me comprometa usté.

MERC Esperaré su aviso.

PRIM. ¿Me da usté su palabra, señorita?

MERC. Se lo prometo a usted.

PRIM. Y yo le juro que como sea arguno de los dos, le aviso en seguida. (Hace entrar a Mercedes en la segunda izquierda y cierra la puerta.) Pues señor, si esto sigue así... (Sonando los duros.) me retiro del servicio. (Se dirige al foro izquierda, abre la puerta y aparece SERAFIN, que, sin decir una palabra, entra precipitadamente en la habitación. Primitiva cierra y viene tras él.) Pero oiga, caballero, que esto no es el Bazar X.

SER. No me preguntes nada, no me digas nada. ¿Ha venido una mujer?

PRIM. (Aparte) ¡Ah! ¡Este es el otro! (Alto.) Sí, señor

SER. ¿Dónde está?

PRIM. (Señalando la segunda izquierda) Ahí. Voy a llamarla.

SER. (Deteniéndola.) ¡Quieta! Creo que he llegado a tiempo. (Se dirige a la puerta que le indica Primitiva y la cierra con llave, dejándola puesta.)

PRIM. ¡Caballero!

SER. ¡Silencio! Ahora dime... ¿dónde está don Julián? ¿No ha venido aún, verdad? ¡Mejor!

PRIM. Pero... si yo no sé...

SER. No te hagas la tonta, que lo sé todo.

PRIM. En cambio, yo no sé nada.

SER. Don Julián, tu amo, engaña a su mujer. Yo mismo he escrito la carta. Su amiga se llama Mercedes, la que está en ese cuarto. Ya ves que lo sé todo.

PRIM. Pero si yo no conozco a don Julián.

SER. ¡Mientes!

PRIM. Se lo juro á usté, señorito. Yo estoy al servicio del señor Conde de Miraflores.

SER. Tú estás al servicio de don Julián Pacheco, que se hace llamar Miraflores.

PRIM. Bueno; yo tengo ya la cabeza que es una cosa así como... «Todo a sesenta y cinco.»

SER. Tampoco tienes necesidad de decírselo a todo el mundo. Basta que le digas a tu amo que su mujer lo sabe todo y que está alerta! (Suena el timbre de la puerta.) ¡Han llamado.

¡Debe ser él! Abre y no le digas ya nada. (Primitiva va a abrir.) ¡Y gracias que he llegado a tiempo de evitarle un disgusto!

(En la puerta del foro que abrió Primitiva aparece AURORA, que entra sin decir una palabra.)

PRIM. Pero, ¿a dónde va usted?

AUR. Déjeme. Necesito ver al Conde de Miraflores. (Al ver a Serafín se vuelve de espaldas para echarse el velo del sombrero. Mientras Serafín dice a Primitiva muy rápido y aparte.)

SER. (¿Pero no me has dicho que la señora estaba ahí dentro?) (Por la segunda izquierda.)

PRIM. Es que ésta es otra.

SER. ¿Cómo?

PRIM. (Sin hacerle caso.) ¡Menudo lío! ¡Que se apañen ellos! (Vase foro derecha.)

SER. (A Aurora, que sigue de espaldas a él.) Señora, no tengo el honor de conocerla; pero soy un amigo de don Julián, casi su cuñado, y le advierto a usted que su mujer lo sabe todo.

AUR. (Con sorna y sin descubrirse.) ¿Sí?

SER. Sí, señora, sí; sabe la cita que ustedes tenían para hoy en esta casa, sabe su nombre, sabe que su marido se finge Conde de Miraflores. Váyase, váyase, otro día se verán ustedes.

AUR. (Volviéndose y descubriéndose.) Gracias, pollo.

SER. ¡Dios mío! ¡Aurora! (Aparte.) (¡Buena la he hecho!) (Alto.) Aurora, yo le suplico que...

AUR. ¡Basta! Salga usted de esta casa. ¡Ya veo que sigue usted desempeñando su lucido papel.

SER. Yo le juro que lo que es esta vez...

AUR. No, si no tiene usted necesidad de explicarse Usted me tomó por la otra, por la amiga de mi marido, y se adelantó a prevenirme. ¡Es usted un estúpido!

SER. Lo soy, sí, señora, lo soy; pero váyase.

AUR. ¡Ah! ¿De modo que tambbién a mí intenta usted echarme?

SER. Es que...

AUR. Es inútil todo... Vengo dispuesta a sorprender a mi marido, y lo sorprenderé. Esta es la hora de la cita.

SER. (Aparte.) (¡Dios mío! ¡Yo necesito echarla, sea como sea!) (Al ver que Aurora se sienta.) ¡No! No se siente usted ahí.

AUR. ¿Por qué?

SER. Porque no debe usted sentarse, porque no debe usted permanecer un minuto más en esta casa. (Aparte.) (¡Ah, qué idea! Veremos por donde salgo.) (Alto y muy serio.) Señora, no puedo callar ni un momento más. Todo cuanto haga usted por esperar a su marido es tiempo perdido.

AUR. ¿Cree usted que no vendrá?

SER. (Señalando al foro.) Por aquí no.

AUR. ¿Por dónde entonces?

SER. Hago traición al amigo, pero prefiero quedar a los ojos de usted como lo que soy. Entre usted en esa habitación, (Señalándole la primera izquierda.) a la salida de ella encontrará usted una puerta secreta y por ahí entrará Julián.

AUR. ¿No me miente usted, Serafín?

SER. (Muy serio.) Señora, soy doctor en medicina.

AUR. Está bien. Gracias. (Entra primera derecha.)

SER. No se impaciente. (Cierra con llave.) Bueno; ésta ya está segura. Creo que le he evitado a don Julián un escándalo de los que hacen época. ¡Cuánto tarda! (Llaman al timbre.) ¡Ah, gracias a Dios! Aquí está. (Se dirige al foro izquierda y abre la puerta, apareciendo CRISTINA y MATILDE.)

MAT. Helo aquí, in fraganti.

SER. ¡Mi madre!

CRIS. ¡Era él!

SER. ¡Mi suegra!

(Entran las dos en escena. Por la derecha PRIMITIVA que viene a abrir.)

PRIM. ¿Eh? ¿Pero quién serán estas señoras?

(Mientras las señoras avanzan con cara de espanto, Serafín dialoga con Primitiva.)

SER. (Aparte y señalando primera izquierda.) (Está ahí.)

PRIM. (¿Quién?)

SER. (La mujer.)

PRIM. (¿La mujer de quién?)

SER. (¡Chist!)

CRIS. ¿Quién es esta mujer?

PRIM. Soy la doncella del señó.

MAT. ¿Tú doncella?

PRIM. La doncella del Conde de Miraflores.

MAT. ¡Basta! ¡Esfúmese la fámula!

PRIM. Es que..

MAT. Esfúmese, esfúmese.

PRIM. Bueno. (Yéndose.) Hasta en francés me están hablando a mí hoy. Voy a prepará mi ropa, porque me parece que la he metío hasta la rodilla. Ahora, que a mí no me dijeron que tenía que vení tanta gente. (Vase.)

SER. (Aparte.) ¡Dios mío, que no se le ocurra llamar a Aurora!

CRIS. Caballero, comprenderá usted que al venir personas tan respetables a esta casa, muy grave debe ser el motivo.

SER. (Aparte.) (Lo saben todo. ¡Pobre Julián!)

MAT. Anegada en el más acibarado y caudaloso llanto quedó en la mía tu futura.

CRIS. Aunque su deseo era venir aquí para confundirle a usted.

SER. ¿A mí? No entiendo ni jota.

CRIS. No se haga usted el disimulado.

MAT. No disimules, hijo. Confiesa. Emite voluntariamente el grito de tu confesión y de tu arrepentimiento.

SER. Pero ¿qué dicen ustedes?

CRIS. Lo sabemos todo.

MAT. Todísimo.

SER. Bueno; pero entendámonos. ¿Qué es lo que saben ustedes?

MAT. (Señalando una carta que trae Cristina en la mano.) Lee esa misiva corruptora y galante.

SER. ¡Cielos! ¡Mi carta!

CRIS. Eso, su carta de usted.

SER. Bueno, mi carta que no es mi carta.

MAT. Castellaniza, niño.

CRIS. ¿Será usted capaz de negar que ésta es su letra?

SER. Yo, eso, no; pero...

CRIS. Y que usando el título supuesto de Conde de Miraflores ha citado usted para hoy en esta casa a mi hija...

SER. ¿A su hija?

CRIS. A mi hija Mercedes.

SER ¿Yo?

CRIS. Sí, usted, sí. Lea, lea.

MAT. Lee y afirma.

SER. No, si no necesito leer; si me sé la carta de memoria; si la he escrito yo. Pero yo les juro que ni yo soy Miraflores, ni yo espero aquí a nadie.

CRIS. ¿Cómo que no?

MAT. ¿Entonces qué hacías en esta mansión insólita?

SER. (Aparte) (No voy a tener más remedio que decirlo todo.)

MAT. Contesta y aclara el concepto.

SER. Oigan ustedes la verdad.

CRIS. Venga.

SER. Esa carta que yo he escrito no está escrita por mí aunque la haya escrito yo. Esa carta me la dictó Julián.

CRIS. ¿Cómo?

SER. Me la dictó don Julián.

CRIS. ¡Mentira! ¡Miente usted!

MAT. Doña Cristina. eso es muy fuerte.

SER. No, señora, no miento.

CRIS. ¿Pero cómo cree usted que Julián sea tan infame que le haga el amor a su cuñada?

SER. (Aparte.) (¡Caray! ¡Pues sí que lo voy arreglando!)

CRIS. ¡Diga usted que miente!

SER. En eso de la carta no miento.

MAT. Basta. Y perdone usted, doña Cristina. ¿Me juras que todo ha sido una calaverada de tenorio incipiente sin consecuencias ulteriores?

SER. Te lo...

MAT. ¿Me juras que otra persona no ha hollado este recinto?

SER. Te lo juro.

MAT. Convencidas.

CRIS. Lo estará usted; pero yo sigo creyendo que aquí hay gato encerrado.

SER. Yo le juro...

AUR. (Dando fuertes golpes en la puerta.) ¡Abra usted! ¡Abra usted!

SER. (Aparte.) (¡Dios mío!)

CRIS. ¡Esa voz!

MAT. ¿Mentiste?

CRIS. Mintió usted.

SER. (Aparte.) (Me caí.)

CRIS. Abra usted pronto.

(Serafín abre la puerta.)

AUR. (A Serafín.) ¿Conque se ha burlado usted de mí? (Viéndolas.) ¿Qué es esto? ¡Mamá!

CRIS. ¡Aurora!

MAT. ¡Era Aurora!

SER. (Aparte.) (¡Me matan, me matan!)

CRIS. Pero hija, ¿qué hacías tú aquí?

AUR. ¡Ay mamá, mamaíta del alma! Tengo la prueba. Julián me engaña.

CRIS. ¿Julián? (Mirando a Serafín.) ¿Era verdad?

AUR. Sí; he sorprendido una carta suya, una carta de amor dictada a este mequetrefe.

MAT. ¿Eh? ¿Mequetrefe mi vástago?

SER. ¿Se convencen ustedes como yo no era el Conde?

AUR. ¡Qué ha de ser usted el Conde! El Conde es Julián, mi marido, que hoy, ahora a las tres, tenía aquí una cita con una mujer. ¡Infame! ¡Infame!

CRIS. Cálmate, hija mía.

(Lloran las dos.)

MAT. ¿De modo que no eres el Conde?

SER. Ya lo has oído.

CRIS. ¿Pero tú estás segura que es Julián el que había citado aquí a...?

AUR. Sí, mamá, sí. Y este imbécil es el que ha escrito la carta, y este imbécil es el que me ha encerrado, y este imbécil es sin duda quien les habrá prevenido o les habrá ocultado.

SER. ¡Señora! ¿Usted por quién me toma?

AUR. ¿Pero negará usted que hoy tenía aquí una cita mi marido?

SER. ¡Lo niego!

(Se queda en actitud cómica.)

MAT. ¡Es gallardo como un doncel medioeval!

AUR. ¿Y que a esta casa ha de venir o está en ella ya una mujer que le espera?

SER. ¡Lo niego! Aquí no hay más mujeres que...

MERC. (Dentro dando fuertes golpes en la puerta.) ¡Abran! ¡Abran!

AUR. ¡Es ella!

MAT. ¡La sílfide!

SER. Pues no me había engañado la doncella. Sí que está aquí la otra.

CRIS. ¿Qué otra?

SER. No, nada, nadie, nadie. (Aparte.) (¡Me tuestan!)

AUR. (Yendo a abrir.) Déjame, mamá. Es ella. (Abre.) Salga usted, señora, salga usted.

MERC. (Sale y queda asombrada.) ¿Eh? ¿Vosotras?... (A Aurora.) ¿Tú?

CRIS. ¡Era verdad!

AUR. ¿Eras tú?

SER. ¡Era Mercedes!

MAT. ¡La conflagración!

(Un momento de confusión y estupor en la escena.)

MERC. Pero, ¿qué significa esto?

AUR. ¿De modo que eras tú la que esperabas en esta casa la visita del conde de Miraflores?

MERC. ¿Yo?

AUR. Sí, tú; no lo niegues.

CRIS. Hija mía, Mercedes, ten compasión de mí. Lo hemos sabido todo.

MERC. Pero, ¿qué habéis sabido, qué podéis haber sabido?

AUR. Nunca podía sospechar que fueras tú, mi hermana, la que... (Rompiendo a llorar.) ¡Oh, qué infamia!

MERC. ¡Pero Aurora!

AUR. ¡Yo me ahogo! ¡Yo me muero! (Dirigiéndose al balcón como para buscar aire, lo abre y echándose aire en la cara con el pañuelo simula la seña que espera Raimundo.)

MAT. Hable usted, Mercedes, hable.

MERC. Yo he venido aquí a sorprender a mi marido.

CRIS. No, no te excuses, ¿para qué?

MERC. No me excuso; digo la verdad. He venido a sorprender a mi marido, que tenía una cita esta tarde en esta casa con la condesa de Miraflores.

RAIM. (Que aparece por la puerta del foro izquierda, que quedó abierta a la salida de Matilde y Cristina.) He visto agitar el pañuelo a la doncella. Ya debe haber llegado Emilio o su amante. (Viendo el cuadro.) ¿Eh? ¿Qué hacéis aquí?

(Todos se echan en sus brazos.)

MERC. ¡Papá!

AUR. ¡Papaíto!

CRIS. ¡Raimundo!

RAIM. Pero, ¿qué hacéis aquí?

MAT. ¡El cuadro es digno de un museo antropológico!

MERC. Yo, papá, he venido para...

AUR. Y yo...

CRIS. Yo te explicaré.

RAIM. Basta; vamos por partes. (A Aurora.) Tú, ¿a qué has venido aquí?

AUR. A sorprender a mi marido, que tenía en esta casa una cita con... ¡Me arden los labios!

MERC. Yo he sido la que he venido a sorprender al mío, que...

RAIM. Tú, hija mía, lo sé...

CRIS. ¿Que tú sabes?

RAIM. Sé que Emilio, olvidándose de sus deberes conyugales, venía esta tarde a verse en esta casa con la condesa de Miraflores.

MERC. ¡Pero aquí todo el mundo se ha vuelto loco!

RAIM. Mercedes tiene razón. La condesa es la amiga de su marido.

CRIS. Raimundo, por Dios. Si yo he visto la carta si la he tenido en mis manos.

MERC. ¿Qué carta?

CRIS. Una del Conde de Miraflores, que me ha hecho leer Emilio.

RAIM. Pero, ¿nos entenderemos de una vez?

SER. Vámonos, mamá.

MAT. Espera; quiero ver el final de esta tragedia sekespiriana.

EMILIO (Por el foro izquierda.) Como me lo figuré. Todos aquí.

SER. (Viéndole.) ¡Anda! ¡El otro!

MERC. (Señalando a Emilio.) Ahí lo tienes, mamá. Ahora no podrá negarlo.

AUR. Pero, ¿qué es esto?

MERC. (A Emilio.) Podrá usted decirme, caballero, ¿qué significa su presencia en esta casa?

EMILIO ¿Y aún tiene usted el valor de preguntármelo? Significa que he descubierto sus intrigas, señora.

MERC. ¿Mis intrigas?

EMILIO ¿Acaso su presencia aquí no lo prueba? Explique usted a lo que ha venido aquí.

AUR. Eso, que lo explique.

MERC. (A Emilio.) A sorprenderlo a usted.

AUR. ¡Claro! ¡Qué vas tú a decir!

MERC. (A Aurora.) ¡Ah! ¿Tú también?

AUR. ¡Soy la que tengo más derecho!

RAIM. ¿Tú?... Mira, hija mía, (A Mercedes.) un poco de calma. Tú has venido aquí a sorprender a tu marido con su amiga, ¿no es eso?

EMILIO ¿Con qué amiga?

MERC. Con la autora de la carta que me entregó Julián.

EMILIO ¿Qué carta?

MERC. La carta de Coral.

EMILIO Yo no conozco a ninguna Coral.

RAIM. (A Aurora.) Y tú, ¿a qué has venido aquí?

AUR. A sorprenderles.

RAIM. ¿A quién?

AUR. A Julián y a su amiga. Yo nunca pude figurarme que fuese mi hermana.

EMILIO ¿Eh? (Dando un salto.)

MERC. Pero, ¿qué estás diciendo?

EMILIO ¡Pronto! Explíquese usted, Aurora. ¿Qué quiere usted decir?

RAIM. (Interponiéndose.) ¡Un momento! ¡Calma! A ver si nos entendemos de una vez. Vamos a explicarnos tranquilamente. (A Aurora.) ¿Tu marido tiene una amiga?

AUR. Sí, señor. Y Serafín es testigo.

MAT. Serafín, mide tus palabras.

SER. Señora, yo...

RAIM. Confiese usted la verdad. Basta de líos.

TODOS Sí, sí, eso. La verdad.

SER. Pues bien .. Efectivamente. Aurora sorprendió la carta que me dictó don Julián.

RAIM. ¿Y dónde está esa carta?

SER. Don Julián la mandaría a su destino.

RAIM. ¿Qué destino era ese?

SER. Lo ignoro.

RAIM. Pero, ¿no escribió usted la carta?

SER. La carta sí; pero el sobre no.

RAIM. Ya parece que se va aclarando esto. (A Cristina.) ¿Dónde está la carta que te dió Emilio?

CRIS. (Sacándola del bolsillo.) Aquí.

RAIM. (A Emilio.) ¿Y la tuya?

EMILIO (Viendo la que saca Cristina.) Es esa.

RAIM. ¿Y la que escribió Serafín?

SER. (Reconociéndola.) Es esa.

RAIM. ¿Y la de Aurora?

AUR. (Leyéndola.) Es esa.

RAIM. (Respirando fuerte.) ¡Entonces la cosa no puede ser más clara! Julián tiene una amiga a la que escribe por mediación de Serafín.

MERC. Bueno, bueno; todo eso está muy bien. (Sacando una carta.) Pero, ¿y mi carta?

RAIM. ¡Adiós! ¡Otra carta!

MERC. La carta de la condesa. (Dándosela a Emilio.)

EMILIO Yo no conozco esta letra.

MERC. ¿Y aún seguirá usted negando?

PRIM. (Por el foro derecha, ha salido sin que la vean, y en este momento abre la puerta de escape.) El señor Conde y la señora Condesa de Miraflores.

JULIÁN ¡Aquí estamos todos!

TODOS ¡Julián!

JULIÁN Sí, Julián, queridos suegros, que ha querido probar al señor (Por Emilio.) que estaba loco por la señora (Por Mercedes.) y a la señora (Por Aurora.) que estaba loca por el señor. (Por él.) He despertado sus celos y he logrado lo que me proponía. La carta que dicté a Serafín yo mismo se la entregué a Emilio...

EMILIO Es verdad.

JULIÁN Y yo he dado a Mercedes una carta fabricada por mí...

CRIS. ¿Entonces los Condes de Miraflores?

JULIÁN Fantasía, todo fantasía.

RAIM. ¿Y esta casa?

JULIÁN La de un amigo que está ausente de Madrid.

MAT. Efectivamente, la lección está bien dada pero a mi no me ha hecho todo el efecto jocoso apetecible.

JULIÁN (A Mercedes y Emilio.) En vez de mirarme de ese modo, bien podían ustedes abrazarse.

EMILIO (A Mercedes.) ¿Me perdonas?

MERC. ¿Y tú? (A Aurora.) Haz lo que yo, hermanita. ¡Son más fuertes que nosotras!
(Se abrazan.)

SER. Bueno, don Raimundo, ¿y yo?

RAIM. Usted se casará con Charito.

JULIÁN Don Raimundo, doña Cristina... Emilio y yo tenemos el honor de volverle a pedir la mano de nuestra esposa.

RAIM. Concedida. Pero me harán ustedes el favor de quedarse con ellas para siempre.

MERC. ¡Para siempre!

AUR. ¡Para siempre!

RAIM. (A Cristina.) ¡Y nosotros a Astorga!

MAT. ¡Yo los acompañaré!
(Telón.)

FIN DEL VODEVIL

Obras de Miguel Mihura Alvarez

Por un millón, apropósito cómico-lírico en un acto, en colaboración con Rafael Meléndez, música del maestro Pérez Ayala.

La golondrina, zarzuela en un acto y tres cuadros, en colaboración con Rafael Meléndez, música de los maestros Girau y Broca.

Los zapatos, juguete cómico en un acto.

¡Guerra á los yankees!, drama en tres actos y en verso.

¡Triquitraque!, disparate cómico.

El niño de los tangos, boceto de sainete, con música de los maestros Castilla y Gosset.

Cara-Chica, boceto de comedia en un acto, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Castilla.

Sal de espuma, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en colaboración con Ricardo González, música de los maestros Penella y Castilla.

El Centurión, sainete lírico en un acto, en colaboración con Joaquín Navarro y Manuel L. Cumbreras, música del maestro Padilla.

Los parrales, zarzuela en un acto, en colaboración con Francisco Arenas Guerra, música del maestro Saco del Valle.

El jaleo de Jerez, sainete en colaboración con Miguel Rey, música del maestro Castilla.

Lo que nadie quiere, comedia en un acto, en colaboración con Miguel Rey.

Loco perdido, boceto de comedia en un acto, en colaboración con Miguel Rey.

La mala fama, sainete en colaboración con Ricardo González, música del maestro Castilla.

Gente de trueno, sainete lírico, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Castilla.

El decir de la gente, boceto lírico en un acto, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Padilla.

Gracia y Justicia, exposición cómico-lírico-bailable, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Penella.

Mamá suegra, entremés en prosa, en colaboración con Ricardo González.

Flores de trapo, comedia en un acto y en prosa, en colaboración con Miguel Rey.

La costa azul, opereta en un acto y cuatro cuadros en prosa, en colaboración con Ricardo González, música del maestro López Montenegro.

El fantasma, fantasía melodramática en un acto, en colaboración con Ricardo González, música de los maestros Quislant y Badía.

La reina de las tintas, humorada lírica en un acto, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Penella.

Rosa temprana, juguete lírico en un acto, en prosa y verso, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Escobar.

El pueblo del peleón, opereta ménflica en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, pseudo-parodia de *La corte de Faraón*, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Padilla.

Pajaritos y flores, boceto de sainete en un acto y en verso, en un solo cuadro, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Padilla.

El alegre Manolín, juguete lírico, en colaboración con Ricardo González música del maestro Padilla.

La niña de los besos, opereta en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Penella.

La canción española, opereta española en un acto y tres cuadros, en colaboración con Ricardo González, música de los maestros Vives y Barrera.

Las pícaras faldas, humorada con música en un acto y tres cuadros, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Padilla.

Casco de oro, boceto melodramático en un cuadro y en prosa, en colaboración con Ricardo González.

Los pocos años, sainete con música en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Penella.

La viva de genio, zarzuela en dos actos, divididos en siete cuadros en prosa, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Ramón López-Montenegro.

¡Centinela... alerta!, opereta en en acto, en colaboración con Ricardo González, música de Saco del Valle y Quislant:

Los campesinos, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, inspirado en el asunto de una obra extranjera. en colaboración con Ricardo González, música del maestro Leo Fall, adaptada por Celestino Roig.

Las percheleras, sainete lírico en un acto y tres cuadros, en colaboración con Ricardo González, música del maestro D. Tomás Bretón.

El sostén de la casa, sainete con música en un acto y tres cuadros, en colaboración con Ricardo Gonzalez, música de Quinito Valverde y Torregrosa.

El amor lo pintan niño... entremés, en colaboración con Ricardo González, música de Celestino Roig.

El gran simpático, zarzuela cómico extravagante en un acto, dividido en tres cuadros en prosa. en colaboración con Ricardo González, música del maestro Amadeo Vives.

El tren de lujo, zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, en colaboración con Ricardo González, música de los maestros Marquina y Roig.

El ojo de Gayo, zarzuela cómica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Gerónimo Giménez.

La canción española, (reformada), en colaboración con Ricardo González, música de Vives y Barrera.

La noche vieja, opereta en un acto, dividido en cuatro cuadros, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Celestino Roig.

El mantón rojo, boceto lírico-dramático en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso, música del maestro José Padilla.

El Príncipe loco, opereta en un acto, en colaboración con Ricardo González, música de Saco del Valle y Quislant.

Cine-Fantomas, revista, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Gerónimo Giménez.

La gente gorda, juguete en un acto, en colaboración con Ricardo González.

La novela de bolsillo, juguete en dos actos, en colaboración con Miguel Rey.

Marcial Hotel, opereta en un acto, en colaboración con Ricardo González, música de José Padilla.

Amor fatal o **La dama de las Camelias**, drama en tres actos, arreglado del francés, en colaboración con Enrique Rambal.

Laurencio o **La muerte civil,** drama en tres actos, en colaboración con Enrique Rambal.

Simbad el Marino o El Conde de Montecristo, melodrama en un prólogo y tres actos, en colaboración con Enrique Rambal.

Los Incendiarios, drama policiaco, original, en tres actos, en colaboración con Ricardo González.

Las espinacas, comedia en dos actos en colaboración con Andrés de Prada.

En los profundos infiernos, revista, en colaboración con José Santiago, música del maestro Terés.

Cásate... y verás, vodevil en tres actos, derivado de una obra extranjera, en colaboración con J. Andrés de Prada.

Obras de J. Andrés de Prada

Tacita de plata.—Revista cómico-lírica en un acto y cinco cuadros, con música del maestro Julián. Teatro de Verano. Cádiz.

Riberica abajo.—Sainete en un acto, inspirado en una copla popular. Teatro Circo. Cádiz.

Amoríos.—Entremés en prosa. Teatro Principal. Cádiz.

La detective.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Ramón de Julián. Teatro de Verano. Cádiz.

El tren que vuelve.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Circo. Cádiz.

Del huerto vecino.—Comedia en un acto y en prosa. Teatro Cómico. Cádiz.

Luna de Mayo.—Monólogo en verso. Teatro Principal. Cádiz.

El tren de los sueños.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Alvarez Quintero. Madrid.

El mentir de los viejos.—Sainete madrileño en un acto. Coliseo Imperial. Madrid.

Las fraguas.—Comedia dramática en dos actos y en prosa. Coliseo Imperial. Madrid.

Fatalismo.—Drama en un acto (Gran Guiñol). Coliseo Imperial. Madrid,

Alma de apache.—Drama policiaco en tres actos. Teatro Nuevo Apolo. Madrid.

La moza del llano.—Drama en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.

Casta de ruines.—Drama en tres actos. Coliseo Imperial Madrid.

La mujer espía.—Comedia en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.

Las Espinacas.—(Consecuencia de «Los Gabrieles») en dos actos y en prosa. Teatro Infanta Isabel. Madrid.

Ensueños.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Lara. Madrid.

La cogida del «Castizo».—Sainete madrileño en dos actos, en colaboración con Angel Caamaño. Teatro Cómico. Madrid.

El amigo Carvajal.—Juguete cómico en dos actos, en colaboración con Ricardo González del Toro. Teatro Lara. Madrid.

El hijo del otro.—Momento escénico en un acto. Teatro de la Comedia. Barcelona.

Rosas de pasión.—Romance de amor en tres actos y un prólogo, en prosa. Teatro Eldorado. Barcelona.

Agüita de Mayo.—Entremés en prosa. Teatro de la Comedia. Barcelona.

Muñecas de papel.—Comedia en tres actos y en prosa. Odeón. Madrid.

Mientras el niño duerme...—Narración escénica en un acto. (Teatro de los Niños). Teatro de la Comedia.

Más allá del amor.—Comedia dramática en tres actos y en prosa.

Cásate... y verás.—Vódevil en tres actos, derivado de una obra extranjera, en colaboración con Miguel Mihura. Teatro Lara. Madrid.

PRECIO: DOS PESETAS